

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Frank Caudett

Imágenes



EDICIONES FORUM

Frank Caudett

Imágenes

EDICIONES FORUM

1.^a edición: enero 1985

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.^a 08008 Barcelona.

© Texto: Frank Caudett
Cubierta: Boada - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-043-2
Depósito Legal: B-10-1985
Fotocomposicion: Catalana de Fotocomposició, S. A.
Consejo de Ciento, 500. 08010 Barcelona
Impresión: T. G. Soler, S. A.
Enrie Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, enero, 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

Siniestra lujuria

CAPÍTULO 1

Rosmary Mac Brown mostraba sus piernas muy por encima de la más tolerante ortodoxia.

Bien mirado, o mirándolas bien, las piernas de aquella rubia preciosa hacían olvidar cualquier ortodoxia, estricta o tolerante, porque su perfección y sensualidad imponían una ley tan vieja como el mundo que rompía con los dogmas moralistas de todos los tiempos. Y frente a esa ley, los preceptos éticos y demás monsergas al uso caían, precisamente, en el desuso.

Rosmary había empezado enseñando las piernas por dos razones elementales que generalmente suelen empujar a la mayoría de las mujeres a lucir aquellos atributos físicos, camales, con que la naturaleza las ha obsequiado; primera: como exponente de superioridad; segunda: para interesar a un hombre.

O a varios.

A Rosmary sólo le había interesado interesar —valga la redundancia— a un hombre. Y lo había conseguido. Eso le hizo suponer en principio, erróneamente, que a muy temprana edad había alcanzado uno de los objetivos primordiales de toda mujer en la vida.

Al interés despertado en aquel muchacho le siguió el amor, y a éste, como suele suceder, la pasión. A la pasión sólo puede sucederle una cosa, y ésa fue la que le sucedió a Rosmary Mac Brown.

Un buen día, Rosmary Mae se halló frente a la trágica realidad que suele acompañar a los sucesos que se inician interesando a un hombre, enamorándole y apasionándole, entregándose *todo* y quedándose al final con todo, menos con *él*.

El padre del muchacho, importante banquero de Baltimore, famoso por sus pragmáticos contenidos y su rapidez operativa, le dijo a la chica con bastante crudeza, en su línea y para no dejar de

ser fiel a sí mismo ni en aquella ocasión:

—Soy muy joven para que me hagan abuelo, querida. Espero, no obstante, que *esto* te ayudará a soportar la decepción y a sobrevivir. Tampoco te lo tomes como norma porque no sienta precedente. Se trata de una primera y única entrega. ¿Está claro, señorita?

Esto era un cheque al portador extendido por quince mil dólares.

Rosmary lo había recibido con mano trémula y expresión crispada. Empezaba a comprender en aquel preciso instante que se cometieran crímenes, que alguien pudiera tener el valor de matar a un semejante.

Porque ella, ahora, hubiese asesinado con sumo placer al cínico padre del muchacho al que un día mostrara, sin reservas, sus hermosas piernas.

—¿Pretende comprarme, señor?

—No, querida. Si pretendiera eso, la cantidad por la que he extendido el cheque sería sensiblemente inferior. Tú no vales quince mil aunque yo llevara una semana borracho. Mi hijo no tiene experiencia en esta clase de asuntos. Lo que pretendo es hacerte las cosas menos difíciles.

Rosmary Mac Brown sentía arder el rostro. Toda la piel de su cuerpo. Hasta las entrañas. Pero no como le habían ardido las veces que recibió dentro de ellas al hijo del déspota para que acabase engendrando al nieto del déspota.

—En este país existe una ley. Usted y sus millones no pueden saltársela a la torera. Métase el cheque donde le... —se interrumpió, devolviéndoselo.

—Te vuelves a equivocar, pequeña. Ningún abogado de esta ciudad aceptará defender tu justa causa. Tengo demasiado poder... Si vuelves a amenazarme, te quedarás sin los quince mil, y el jefe de policía de Baltimore te pondrá en el primer tren que salga hacia la otra punta del continente. Y si se te ocurre volver, serás acusada de tantos delitos, encabezando los cuales estarán el de corrupción de menores, prostitución, tráfico y consumo de drogas, etcétera, que entonces sabrás de lo que es capaz esa ley que mencionabas hace un momento. Coge el cheque y desaparece de mi vista, querida. ¡Ah, y olvídate de Kyle para siempre! Voy a colgar un detective privado en tu espalda, y en cuanto me entere de que molestas a mi hijo...

Rosmary le había arrebatado el rectángulo de papel de un manotazo.

A partir de aquel día, convencida del código amoral por el que se regía una sociedad moralizadora en la forma y corrupta en el fondo, se dispuso a jugar sus cartas en aquel juego duro y cruel al que se había incorporado perdiendo la mano inicial.

Otros pagarían.

El mundo estaba lleno de hombres y no se iba a enamorar de todos. Aquello solo sucedía la primera vez. Suficiente para estropear la vida de una, desde luego. La música había empezado a sonar y era cuestión de seguir bailando.

Ella tenía unas piernas preciosas y un cuerpo apetecible que se habían arruinado por un hombre y que podían arruinar a otros.

Eso hizo.

Rosmary Mac Brown acabó liándose por interés con un fotógrafo de la peor reputación al que habían «largado» de todas aquellas publicaciones y revistas en las que fuera colaborador gráfico.

Noel Tracy tenía menos escrúpulos que Rosmary. Y eso que a él no le había dejado embarazado el hijo de ningún banquero.

El fotógrafo obtuvo excelentes primeros planos desde el rincón oculto, preparado a los efectos en el dormitorio del apartamento de Rosmary, de las aberraciones de ciertos caballeros de posición y nombre que habían empezado turbándose frente a la exhibición que la rubia hacía de sus estupendas extremidades, invitándola a un par de *whiskys*, y masturbándose si no llegaban a más, cuando ella les obsequiaba en la intimidad con un *strip-tease* diabólico pleno de excitante lujuria.

Otros, más jóvenes y mucho más aptos, también de cuna y solera, habían picado el anzuelo de las piernas magníficas de Rosmary. A éstos, la habilidad de Noel les había obsequiado con un reportaje gráfico que superaba las escenas de mayor clímax en una película porno.

Rosmary Mae, pues, se estaba cobrando con largueza la puñalada que un día le asestara el papá millonario de Kyle.

Cada noche acudía al *pub* más de moda de Baltimore, por dónde se dejaban caer libertinos de todas las edades que competían en cuentas corrientes saneadas y en afanes aventureros, exhaustos buscadores de nuevas emociones, al margen de las buenas

costumbres y muy lejos de la ortodoxia.

«Longfellows 84 *Pub*» era un nido de víboras deliciosas entre las que Rosmary Mac Brown se llevaba la palma.

Aquella noche de otoño, como las precedentes y las que ella suponía iban a seguir, la rubia mostraba sus estupendas piernas a la altura de los bronceados muslos, prietos y sugerentes, subida encima de un taburete mientras consumía en la barra del *pub*, lánguida e insinuante, un combinado refrescante.

Noel Tracy no la perdía de vista, esperando la llegada del incauto de turno, que iba a ser el blanco del objetivo fotográfico de una máquina tan desaprensiva como él mismo, y del que más adelante obtendrían succulentos beneficios.

Lo que ignoraban él y ella —porque todos, por suerte o desgracia, ignoramos las resultantes de nuestro destino—, era que aquélla iba a ser la última noche de Rosmary Mac Brown.

CAPÍTULO 2

—¿Estás sola, bonita?

—¿Tú qué crees, Don Juan?

La miró con cálidos ojos y sonrisa complaciente.

—¿Qué te hace suponer que yo sea un Don Juan?

Rosmary Mae le midió con mirada superior, con mirada que parecía estar en posesión de la verdad absoluta por cuanto hacía referencia al género masculino.

—Todos venís por lo mismo, muchacho. Se empieza con una pregunta, estúpida por lo general, sigue una invitación generosa, continúa una conversación vacía e intrascendente que da paso a una desgarrada confesión de soledad, tristeza e incomprensión. Se suplica cariño... Se pretende, en realidad, llevar a la chica hasta la cama a cambio de promesas millonadas. Promesas que nunca se cumplirán. *The End*.

—De veras que no te comprendo —aseguró él. Preguntando—: ¿Cómo te llamas?

La rubia hizo un rictus despectivo.

Respondió:

—Eso lo digo gratis: Rosmary Mae. Por todo lo que venga detrás, cobro.

—Tienes unas piernas maravillosas —admitió él, recreándose en la contemplación, como si no hubiera escuchado las últimas palabras de la chica.

—Eres poco original, querido. Estoy harta de oírlo.

—Soy detective privado. Es un trabajo divertido que...

—¡Fascinante! —se burló—. ¿Pretendes impresionarme?

—¿Por qué eres tan ácida, Rosmary?

—Porque perteneces a la clase de hombres que me caen fatal, ¿sabes?

—No me tengo por feo.

—Nadie ha dicho que lo seas...

—Owen Stack —se presentó él. Añadiendo—: Te agradeceré que me llames Owen.

—Mira, Owen... —Rosmary se adelantó ligeramente hacia él, que se hallaba encaramado en el taburete vecino, y eso hizo que el jersey verde se ahuecara y que el vértice de su escote en «V», que hurgaba profundamente en la umbría cañada que separaba aquel par de agrestes promontorios, permitiera al detective contemplar el atisbo de unos riscos voluptuosos que pregonaban una firmeza extraordinaria, una vitalidad arrolladora—, no me caes bien porque entiendo que puedes crearme problemas.

El otro parecía un tanto desconcertado. O fingía estarlo quizá.

—¿Problemas...? —Arqueó sus negras cejas. Para añadir—: Antes he dicho que no te comprendía, pero la verdad es que me desconciertas. ¿Quieres divertirme conmigo, no es eso?

—¡Tonto! —Movi6 la rubia cabeza de forma que algunas hebras sedosas de reluciente amarillo azotaron, estimulantes, el cercano rostro del hombre. Preguntando y preguntándose—: ¿Te das cuenta de que todos presumís mucho y en realidad no sabéis nada de mujeres? Eres un tipo guapo, apuesto, que se finge tímido porque sabe que esa pose acostumbra a interesar a las chicas. Pasa, Owen, que yo ya estoy de vuelta. ¿Sabes para qué vengo aquí?

—Lo imagino.

—Entonces, cariño, te será fácil comprender que no puedo dejarme atrapar por un cuerpo de Tarzán como el tuyo y una caída de ojos negros llena de falsa humildad. Ni puedo entretenerme en pensar que me gustaría recrearme en el sabor de tus labios lejos de la vorágine... *comercial* que me hace venir cada noche a este lugar. Y ahora que nuestras posiciones han quedado definidas, ¿qué me dices, Owen?

—Que acabas de recitarme una fórmula muy retorcida para que yo te haga una pregunta muy concreta. Está bien, dala por hecha.

Rosmary le sonrió abiertamente.

—Buen chico. Eso dependerá de... De lo que me pidas, ¿entendido?

—Acabas de destrozar el romanticismo que quedaba en mí.

—Eres muy joven para que eso te ocurra, detective. No obstante, puedo hacerte una promesa.

Las negras pupilas del hombre brillaron.

—¿Cuál?

—Luego de este primer encuentro, te prometo otro. Lejos de lo comercial. El encuentro de un chico y una chica que pretenden conocerse mejor. Si me garantizas que no me abrumarás con promesas absurdas, que no dirás que te enamoraste de mí desde el primer momento, que jamás habías sentido por otra lo que sientes por mí...

—Lo repites como una lección bien aprendida...

—Lo es.

—¿Y no te aburre tratar a los hombres desde esa óptica?

—Me da asco —admitió ella en lo que parecía un rapto de sinceridad. Diciendo, antes de que él lanzara el lógico interrogante —: La lucha por la subsistencia es dura, detective. Yo trato de sobrellevarla desde la postura más cómoda que, como todo en la vida, tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Al principio, en ciertas ocasiones, sentía una necesidad incontenible de vomitar. Ahora, cuando eso sucede, saboreo caramelos de menta.

—Tu praxis de la vida alucina.

—La aprendí de un banquero.

—Me parecería mucho más en consonancia con el momento que te pincharas con «caballo» para hacerlo soportable.

—Si piensas que la mordacidad te pondrá a mi altura, te equivocas. Yo no pretendo ser caustica ni «pasar» de todo. Sólo soy sincera. Mientras que tú pretendes degradar con mayores vulgaridades lo que yo he tenido que aceptar como natural ignorando la miseria que encierra. Sé que soy miserable, pero lo he superado, ¿de veras! ¿Nos vamos?

—¿Sin firmar el contrato? Es una práctica comercial muy extendida.

Rosmary le fulminó con la mirada.

—Si sigues haciéndote el gracioso, ¡adiós muy buenas!

—Perdona... ¿Adónde?

—Mi apartamento me parece un sitio excelente, ¿no?

—Preferiría pasear un rato.

—Como quieras, pesquisa. En cuanto salgamos del *pub*, bajo bandera y empieza a correr el taxímetro.

—Es gracioso que yo sí esté obligado a aceptar tus sarcasmos.

—Lo hago para que no te sientas cohibido. Son rasgos de aceptación y naturalidad. Claro que, si no estás conforme con mi comportamiento, eres muy libre de «abrirte» y olvidar que me has conocido.

—Estás muy segura de ti misma, ¿verdad? —preguntó él con un deje de amargura en el tono, siguiendo sus pupilas en cautividad a causa del fuerte atractivo que encontraban en las extraordinarias piernas de la rubia. Añadió antes de que llegara la respuesta—: Y superior al mismo tiempo, ¿no?

—Nunca se está lo suficiente segura en este tipo de situaciones. ¿Pagas mi combinado?

—¡Por supuesto! —exclamó él, con velada ironía—. ¿Forma parte de mi papel, no?

—Piensa lo que quieras. Voy a buscar mi abrigo... ¡Uf! No sé cómo puedes aguantar la gabardina puesta con el calor que hace aquí dentro.

—Soy muy friolero.

—Dejarás de serlo en cuanto yo...

Rosmary Mae saltó del taburete colgando en el aire los suspensivos, para dirigirse al guardarropa, mientras Owen se interesaba por el importe de la consumición pensando o imaginando cómo conseguiría ella que dejara de ser friolero.

Una trigueña que jugaba a lo mismo que la Brown se cruzó con ésta, diciéndole:

—¡Todas las que yo me sé tienen suerte! El fulano que te llevas está como para hacerle un favor y darle luego las gracias.

—Siempre tan sentimental, Jessica —sonrió, burlona, Rosmary—. Para mayor inri, pequeña, debo informarte de que es detective privado. ¿Deslumbrante, no?

—¡Desde luego... que las hay que nacen con la flor en el *mortero*!

—No seas grosera, linda. Una que lo vale, ¿no crees? —Habían llegado al guardarropa y Rosmary le dijo a la negra que lo atendía—: ¿Me das mi abrigo, «Blue's»?

—Ahora mismo, cariño.

La Brown obsequió a la negrita con una generosa propina.

—Gracias. Y que lo disfrutes bien esta noche.

—Lo mismo digo —respondió Jessica Parker. Añadiendo con un guiño picaresco—: Y para que veas que no soy nada, nada rencorosa, acuérdate de mí en algún *momento*... —Le dio una entonación muy especial a la palabra «momento»— determinado del clímax.

—Procuraré acordarme de ti cuando me *marche* de este mundo. Y cuando vuelva, claro.

—No esperaba menos de ti, bonita.

CAPÍTULO 3

Rosmary, luciendo una abierta y satisfecha sonrisa en sus labios sensuales, se alejó hacia el vestíbulo para colgarse del brazo de Owen Stack, que la esperaba junto a la puerta.

—Tengo mi coche en la zona de *parking*.

—¿No has dicho que te apetecía pasear?

—Sí. Pero en auto.

—¡Eres un rato complicado, Owen!

—Debe tratarse de una simple y llevadera deformación profesional. Pero si prefieres que vayamos andando...

—¡Oh, no! No tengo nada contra los coches.

Se trataba de un *Chrysler* crema modelo del 80.

Noel Tracy, que había salido raudo tras la pareja, tuvo que correr lo suyo para ponerse al volante del *Ford* negro de la década de los 60 que pedía a gritos el desguace, disponiéndose a iniciar la persecución profesional de Rosmary y el «primo» de turno.

Y se preguntó en voz alta mientras ponía aquel cacharro en movimiento, rezando para no perder de vista el *Chrysler*:

—¿A qué puñetas vendrá hoy el paseíto en auto?

No tardaría en saberlo.

—¿Hacia dónde vamos, Owen?

Mientras conducía con pericia y prudencia fijos sus ojos en la acharolada cinta de asfalto, contra la que los faros enviaban dos largas y penetrantes puñaladas de luz, repuso el detective abriendo otro interrogante:

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que podías ser turista en tú propia ciudad?

Ella frunció el entrecejo.

—No sé si eres en verdad así de raro o tratas de impresionarme de alguna manera. ¿A qué juegas, fisgón?

—A servirte de guía en un recorrido turístico por Baltimore. ¿Ves ese edificio de tu izquierda, el que hace esquina?

—Sí...

—Es el «Alexander Brown And Sons». Fue construido en 1901 por el arquitecto J. Harleston Parker.

—¡Tiene gracia! —exclamó lambia.

—¿Qué?

—Que ese Alexander se apellidara como yo: Brown.

—¡Vaya casualidad, sí! Conste que no he buscado el juego porque no me habías dicho tu apellido hasta ahora.

—¿Con qué me vas a sorprender luego, Tarzán?

—Ahora nos plantaremos en el 5914 de Greenspring Avenue, para que puedas observar en la penumbra de la noche el aspecto siniestro y encantador del «Carroll Hunting Lodge». Data de 1790 y...

—¡Oye, amigo! ¿Eres detective de verdad? —Le vio cabecear afirmativo, añadiendo no obstante—: Pues como funcionario del departamento de historia de la ciudad, no tienes nada que envidiar a los profesionales. Supongo que todo esto lo harás por afición, ¿no?

—Cierto, linda. El saber no ocupa lugar... ¡Ahí tienes el edificio, Rosmary! ¿A que resulta inquietante pero atrae al mismo tiempo?

—¡Escalofríos es lo que produce! Parece el decorado de una película de terror. Oye, Owen, vamos a dejarnos de tonterías, ¿vale? Pon proa a mi casita. Allí te espera un *whisky* frío, doble, que te pondrá en la gloria... y una mujer con todo lo que yo tengo que se va a encargar de que permanezcas en esa gloria mucho tiempo. 908 N. Maryland Avenue, ¿de acuerdo?

Ella no pudo captar en aquel momento la extraña crispación que se produjo en el rostro correcto del detective, ni tampoco el brillo excitante, diabólico diríase, que iluminó sus ojos al pronunciar:

—Déjame que te lleve antes al último punto del recorrido.

—¡Fu! Qué plomo eres, fisgón. De acuerdo. ¿Dónde?

—Al «Green Mount Cemetery Gates».

Un escalofrío lleno de carga espectral recorrió el espinazo de la rubia, haciéndola estremecer visiblemente.

—¡Idiota! ¿Quieres parar el coche ahora mismo?

Obedeció, ante el desconcierto de Rosmary, que estaba acostumbrada a que en semejantes ocasiones, cuando estallaba la

discusión por la causa que fuera, el hombre se empecinase, incluso a veces por la violencia, en imponer sus argumentos.

Owen Stack empezó, de veras, a parecerle distinto. Muy diferente a los demás.

—Creo haber entendido al principio de nuestra conversación en el *pub* que eres una mujer muy pragmática, discípula aventajada de un banquero, que trata de sacar a sus lúbricas virtudes y eróticos exponentes la mayor rentabilidad posible, ¿no? Corrígeme si me equivoco.

Rosmary Mac Brown estaba completamente desconcertada. Aquel tipo no sólo era diferente, sino que su forma de proceder se apartaba de lo lógico, a la par que su manera de expresarse la sumía en un pozo de confusión e inquietudes.

El *Chrysler* del 80 estaba detenido y nada le impedía saltar a tierra. Pero como por lo visto la anormalidad del pesquisa era contagiosa, ella permaneció quieta en su asiento. Igual que si el mismo pánico que la impulsaba a echar a correr poniendo tierra de por medio entre ella y aquel fulano, la retuviera junto a él, sumisa, dócil y obediente.

—Sí... —musitó, sin atreverse a mirarle. Insistiendo como si se creyera en la obligación de convencerle—: Sí, lo soy. Estás en lo cierto.

—Buena chica —la sonrisa que ocupó los labios carnosos de Owen Stack, y que ella afortunadamente no contempló, fue estremecedora. Dijo a renglón seguido, luego de extraer un fajo de billetes nuevos que aún conservaban la franja bancaria, agitándolos frente a los ojos de Rosmary, que comenzaron a desorbitarse—: Esto, señorita Brown, son veinte mil dólares. Actualmente, y dado que te interesas por las finanzas, en muchos países europeos y atendiendo a la cotización del dólar, son una pequeña fortuna. Sé que es mucho dinero. Tanto como una prostituta, por mucho que valga y la valoren, no ha soñado jamás ganar en una sola noche, pero como tú has dicho que la retribución crematística iba a depender de lo que te pidiera y voy a pedirte algo muy especial... La compensación económica también ha de ser muy especial.

—¡Vaya! Me vas a resultar fetichista o masoquista —dijo con voz levemente trémula.

—Soy de lo más normal, querida. Sucede que me gusta cambiar

el entorno, buscar escenografías excitantes... Pero, en lo demás, me atengo a las normas más tradicionales que imaginarte puedas.

Pasándose la puntita de la lengua por los resecos labios, preguntó:

—¿Quieres hablar con claridad, Owen?

El hombre así lo hizo:

—Tiene que ser en el cementerio, muñeca.

Una bocanada de aire tétrico se estrelló en el rostro de Rosmary Mac Brown, amenazando asfixiarla.

Exclamó:

—¡Estás loco, detective!

—Puede. Pero pago bien... —Volvió a abanicar la hermosa cara de aquella rubia que acababa de descubrir que no estaba de vuelta de todo y que tampoco poseía la verdad absoluta en cuestiones de psicología masculina. Preguntándole—: ¿Quieres, o no, los veinte mil?

Rosmary trató de sobrepasar los temores, quiso convencerse de que tenerle miedo a un cementerio no dejaba de ser una estupidez propia de mentes enfermizas, de cerebros débiles, de gente obsesionada con el pánico legendario que inspiraba el supuesto regreso de los muertos, cuando los muertos en realidad... Mejor no pensar en ello, no acordarse de los muertos, y aceptar que el cementerio era un lugar como otro cualquiera y que veinte mil dólares no se conseguían a diario con aquella facilidad. Probablemente, nunca jamás sería objeto de una oferta con aquel montante económico —pensamientos lógicos que suscitaban en la *psyque* la rápida resultante de una asociación diabólica, siniestra, que deformaba la realidad, con la palabra necrópolis—. ¿Qué más daba?

¿Quién iba a molestarles en el cementerio?

Peor... ¡Nadie!, mucho peor para Owen Stack. Porque cuando Noel Tracy le mostrará las imágenes de su siniestra lujuria entre tumbas y tétricos monumentos preguntándole qué opinarían sus clientes y amistades al leer un artículo en el rotativo de más tirada de Baltimore, ilustrado con aquellas obras de arte gráficas, acerca de su deformación lúbrica, de su aberrante *status* moral... otros veinte, o quizá más, vendrían a sumarse a los veinte de ahora.

¿Podía ignorar el negocio de su vida por la estúpida aprensión a

entregarse en un cementerio?

—Hace, Owen.

—Sabía que ibas a entender perfectamente el lenguaje comercial.

CAPÍTULO 4

En lo que hoy era el 1501 de Greenmount Avenue, se había construido entre 1851 y 1856, una capilla que actualmente se considera muestra dramática del *revival* gótico en aquella ciudad llena de monumentos y auténticas obras de arte en el terreno de la arquitectura. En 1855, al amparo de la capilla, volteándola y dispersándose a su alrededor en luctuosa diáspora, había nacido, de la mano del arquitecto Robert Garey Long, el «Green Mount Cemetery», con todas las connotaciones que de tétrico tenía en la época, inherente a su condición, un cementerio.

En 1900, un auténtico renovador, dando muestras de lo que algunos calificaron de excentricidad modernista, había diseñado la ampliación de la necrópolis, dando a la segunda parte de la obra un giro que rompía con las características tradicionales de los camposantos y en el que se mezclaban, formando extraña e incomprensible simbiosis, rasgos de historicismo clásico barajado con formas de vanguardia duramente censuradas a lo largo de varias décadas.

Al arrullo de las nocturnas chinescas, la fachada del cementerio, construida en piedra, resultaba inquietante. Su aspecto sombrío quedaba vivamente acentuado por aquellas pinceladas, de penumbra que no parecían admitir de buen grado la llegada de la noche y que tampoco aceptaban excesivas alegrías luminosas que alterasen el entorno umbrío que parecía ser idóneo para el eterno reposo de sus moradores.

—Estará cerrado a estas horas, ¿no?

—No.

Y una vez hubo bajado del coche, luego de estacionarlo en los aledaños de la necrópolis, aclaró con fría sonrisa:

—Tengo un buen amigo que se encarga de dejar abierta una de las portezuelas laterales.

Rosmary no pudo evitar un estremecimiento. Y comentó, tratando de ser irónica pero sin conseguirlo:

—Tu morbosa tenacidad asombra. Eres el más vivo preludio humano que se le puede componer al romanticismo. ¿Y decías que te lo había cercado yo con mis pragmatismos? ¡Por favor!

—No veo que haya nada de morboso en amar la paz y el silencio. Y amar es una de las formas de conjugación del propio verbo, ¿no? Te aseguro que jamás podrás encontrar marco más acertado para los placeres.

—Si tú lo dices...

—Vamos.

Rosmary se cogió del brazo de aquel extraño individuo que decía ser detective privado, no porque le apeteciera con exceso su contacto, pero sí a causa de que el miedo era infinitamente superior a la aversión que pudiera inspirarle Stack.

En efecto, y como él había dicho, una de las puertas laterales situadas en el muro, a poca distancia de la entrada, que en nada mejoraba la de un castillo medieval, con sus enormes torreones incluidos, la bóveda y donde sólo se echaba de menos el puente levadizo, estaba abierta.

Noel Tracy, que buscando amparo en la oscuridad y con la cabeza repleta de interrogantes les seguía a prudencial distancia procurando no producir ruido alguno que pusiera de manifiesto su presencia, soltaba tacos con el pensamiento, molesto por todo aquel numerito que le obligaba a acechar de noche en la inquietante cercanía de un cementerio, mientras se preguntaba:

«¿A qué diablos vendrá esta bufonada macabra? ¿Se habrán vuelto locos? Porque si se les ha ocurrido hacer él... Bueno, ¿y a mí que me importa? Estoy aquí porque al fin y al cabo pienso sacarle rentabilidad al asunto, ¿no? ¡Allá ellos entonces!».

Aunque, conociendo como conocía a Rosmary Mac Brown, pronto halló una respuesta concreta que venía a clarificar todos los interrogantes habidos y por haber:

«Este tío tiene que pagar de coba, sino de qué Rosmary... ¿eh? La rubia ha encontrado el filón y se dispone a sacar todo el oro. ¡Qué nohecita madre mía, qué nohecita!».

La pareja ya se había internado por el fúnebre recinto y avanzaba por el sendero de grava que, arrancando al pie de la

entrada principal, serpenteaba, adentrándose en la intimidad de la necrópolis.

Owen había sacado una linterna del bolsillo de la gabardina, para enviar sus rayos luminosos hacia adelante.

—¡Vaya! Lo que se dice un hombre prevenido, ¿eh? —se sorprendió Rosmary de aquel sarcasmo que no era reflejo ni mucho menos de su verdadero estado de ánimo.

Nada comentó Owen al respecto, y siguieron al avance por el camino enarenado que, a unos veinte metros del acceso, describía una amplia curva, internándose definitivamente hacia las entrañas silenciosas y oscuras del último reducto de los perecederos.

CAPÍTULO 5

En mitad de aquélla, erguíase un impresionante rematado por una cruz tosca y herrumbrosa. Owen, intencionadamente, proyectó contra él la brillante circunferencia de la lámpara portátil para que Rosmary Mae pudiera leer la inscripción grabada en la piedra.

Decía así:

EN LA AURORA Y MEDIODÍA
DE LA CORTA
PEREGRINACIÓN SOBRE LA
TIERRA, CUANDO EL MUNDO
SE MUESTRA SEMBRADO DE
FLORES Y CARICIAS, DE
ILUSIONES, FANTASÍAS Y
ESPERANZAS VANAS, MUY DE
TARDE EN TARDE Y SIEMPRE
A LA LIGERA, SOLEMOS
VISITAR EL LUGAR PAVOROSO
EN EL QUE, LOS QUE AYER
VIVÍAN, DUERMEN HOY PARA
SIEMPRE EL SUEÑO DE LA
MUERTE.

—Estaba inspirado el poeta cuando parió este canto a la vida, ¿eh, pesquisa?

—¿Es el miedo, supongo, el que te hace ironizar sobre estas cosas, verdad, Rosmary?

—Puede...

—No entiendo por qué mucha gente le tiene tanto pánico a la muerte. Es, simplemente, el otro extremo de la vida. Y como todos los extremos, se tocan. Si nuestra existencia pudiera ser sintetizada

en una especie de mapamundi, nos daríamos cuenta, al igual que cuando contemplamos éste, que naciones teóricamente distantes la una de la otra, están juntas. Se contemplan... Lo mismo sucede con la vida y la muerte, con la muerte y la vida. ¿Nunca te has parado a pensar qué sentirás si algún día eres consciente de que la muerte se dispone a rodearte con su manto insondable de tinieblas?

Rosmary Mac Brown se estremeció perceptiblemente.

—Por favor, Owen... Te lo ruego.

Habían dejado atrás el filosófico pedrusco, prosiguiendo el avance al que Stack, de manera deliberada, imponía lentitud.

Quizá pretendía que ella fuese tomando conciencia de lo que era exactamente aquel lugar, que sus pupilas, dilatadas para el terror, se saciaran en morboso éxtasis contemplativo de los mausoleos, las modestas sepulturas, los luctuosos ornamentos que pretendían enjorar arrogantes panteones cuyos propietarios ya habían pagado cara su insolencia... las lápidas de mármol, las de piedra, y las cruces. Las muchas cruces que había por doquier.

Pretendiendo, sí, que se percatara de la silueta melancólica que ofrecían los cipreses semejando las agudas lanzas de los centinelas de los muertos, rígidos y estirados como aquéllos, pero en vertical, por entre los cuales, y agitando levemente sus copas impasibles, ululaba el viento hasta producir un silbido siniestro que era viva llamada al desasosiego, que causaba estremecimientos, que llegaba a convencer de que el movimiento de troncos y penachos, tenue, pero movimiento, era el avance espectral, la levitación siniestra de los muertos que acababan de regresar al mundo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó, presa de paroxística excitación, la rubia de piernas exquisitas.

Fue la respuesta afirmativa a las intenciones pretendidas por Owen Stack.

Brillaron los dientes del detective al ofrecerle, a la noche y a Rosmary Mac Brown, la blancura de aquéllos, contrastando con el envolvente manto de negruras.

Era una sonrisa dura. Pétreo como aquel monolito donde habían leído el canto a la muerte...

—Nada de eso, muñeca. Tú y yo hemos hecho un trato. Antes te he dado la opción a rectificar y has aceptado venir. El olor a los dólares te ha convencido de que la cosa no era tan grave. Lo

siento...

—¡Renuncio a los veinte mil!

—No es ésa la cuestión, pequeña. Ni mucho menos. No... Ocurre que desde que hemos entrado aquí, avanzado y serpenteado entre tumbas, mausoleos, panteones, cipreses y muerte, me he ido excitando. Estoy muy excitado, ¿sabes? Y sólo conozco una manera efectiva de calmar este *stress* que me aqueja.

En aquel instante, y coincidiendo con la macabra exposición que el detective acababa de hacer sobre sus apetencias lúbricas, acerca de su siniestra lujuria, y cual si obedeciera a la llamada misteriosa de unas voces de ultratumba, apareció la luna, una luna llena que parecía a punto de estallar, incapaz de contener en su disco tanto clamor luminoso y, sólo durante fugaces momentos, pareció detenerse, quedar colgada en lo alto de la Ciudad de los Muertos.

Dispuesta a permanecer allí por siempre.

Bajo la hiriente luz de sus destellos, el panorama que ofreció el camposanto fue, sencillamente, espectral.

Rosmary sentía que su corazón, en vez de latir, ametrallaba su pecho, bombardeaba atolondrado; y tan pronto notaba los aldabonazos en la garganta, como en el estómago... o sentía que su cuerpo acababa de llenarse de corazones que todos, todos a la vez, cabalgaban enfebrecidos.

Frenéticos.

Rosmary Mac Brown, sentía pánico.

TERROR.

Pero aquel mismo terror la tenía atenazada, maniatada, prisionera, haciéndola depender de Owen Stack. Porque era sencillo dejarle y echar a correr hacia atrás.

¿Sencillo?

¿Dónde iba a encontrar el valor suficiente para deshacer lo andado sola, corriendo enloquecida, empujada por el miedo, que seguramente acabaría por convertir en caída su torpe regreso?

Caer sobre una tumba...

¿Y si de pronto surgían del interior unos brazos esqueléticos de manos sarmentosas que la abrazaban, que se empeñaban lúgubremente en mantenerla allí... *para siempre*?

¡No era capaz ni de huir!

—Podemos hacerlo aquí mismo, ¿no?

Negó Owen con la cabeza mientras proseguía caminando. Y estaba tan convencido el detective de que Rosmary Mae no se atrevería a correr hacia atrás, que incluso le había soltado la mano que hasta pocos segundos antes retenía dentro de la suya.

—No. En la parte moderna. Allí hay paisajes maravillosos, callados y oscuros, reversos del halo siniestro que ahora nos envuelve... pero que no dejan de ser por ello, naturalmente, parajes de un cementerio. Allí, muñeca. Será maravilloso, ya lo verás.

—¿Ma... maravilloso?

—Sí. No lo dudes.

La teoría sobre lo maravilloso que pudiera encerrar cualquier acto realizado en un cementerio bajo el techo de la noche, era harto discutible y, seguramente, errónea. Pero lo verdaderamente cierto, y que se correspondía con la intención de su constructor, era el cambio radical de ámbito y situación que se producía al dejar atrás la parte antigua del camposanto y adentrarse en la zona... moderna, nunca mejor empleada la expresión.

El afán del arquitecto renovador quedaba plasmado al haber conseguido sustraer el lugar, en la segunda parte del mismo, a su condición póstuma de última morada y darle un *flash* agradable y hasta acogedor.

Nada más cruzar el extraño puentecillo que servía sobre un arroyo de pasarela entre uno y otro recinto que en el fondo, muy en el fondo, no dejaban de tener idéntica finalidad, oculto tras una espesa arboleda, se alzaba un crematorio que recordaba por su líneas la arquitectura griega y que, sin embargo, construido parcialmente con brillantes mosaicos y rejería casi vegetal, truncaba el supuesto estilo para obtener un expresionismo modernista y desconcertante.

En su vecindad se divisaban, bajo los sesgos de la luna, lagos y surtidores zigzagueados por una avenida principal de la que se derivaban otras, orillando a su paso umbríos cuadros de césped y flores.

Alrededor del crematorio, se erguían columnas de peana jónica y corintia que conforme prosperaban hacia lo alto, adquirían el estilo vanguardista de su creador hasta adoptar extrañas formas de organismos vivos que recordaban algo, sin que llegara a concretarse qué. Aquellas columnas obraban de pedestal a las urnas cinerarias

en floridas glorietas, en cenadores, en columbarios y arriates, al amparo de una frondosa arboleda que de día era visitada por aves cantarinas que entonaban plegarias por los muertos.

Pero la audacia del arquitecto no se había circunscrito a los que desearon, en su momento, ser incinerados. Aquello solo era un sector de la parte renovada del camposanto. Seguía otra mayor en la que se encontraban los restos de quienes las familias no habían querido calcinar, donde las avenidas también eran amplias, los arriates floridos y los setos espesos y bien cuidados. De las sepulturas modestas y los monumentales mausoleos sólo se obtenían visiones fugaces, que en ningún momento llegaban a convertirse en notas disonantes con relación al entorno nostálgico que los custodiaba.

Rosmary Mac Brown pareció sentir cierta tranquilidad de ánimo al ir aceptando, asimilando casi con bienestar, el nuevo marco que la encerraba y donde al parecer, su extravagante pareja, pretendía...

Owen la tomó con firmeza por un brazo empujándola hacia un arriate encajado entre dos sepulturas.

—¿A... aquí?

—Vete desnudando muy despacio.

Aún tuvo humor la comerciante del placer para exclamar:

—¡Ésta es la que me faltaba, pesquisa! ¿No me dirás que vas de *voyeur*, eh?

—Haz lo que te digo, ¡estúpida! Te he dicho antes que, salvo en matices de forma, soy costumbrista en el arte de amar. Pero se me ocurre que tu desnudo tiene que ser espléndido. Excitante...

Noel Tracy, que aún no había conseguido zafarse del asombro desde que entrara en la necrópolis en pos de la pareja, y que ahora se estaba acercando peligrosamente a riesgo de ser descubierto, pero buscando una distancia adecuada desde la que impresionar aquellas imágenes que suponía más que estrafalarias, verdaderamente exóticas, apasionantes... Comentó entre dientes:

—Este reportaje se lo llevo a los del *Life* y me dicen que las fotos están trucadas. Pero que a *esto* de hoy le saco yo provecho por mi cuenta... ¡lo saben hasta los negros!

En efecto. El desnudo protagonizado por Rosmary Mac Brown había sido enervante, lleno de giros sugerentes, explosivo, plagado

de suaves insinuaciones que de ser observadas por alguno de los que allí dormían por el resto de la eternidad, había clamado el regreso haciendo oscilar los cimientos de su tumba.

—¿Y ahora...? —preguntó, cruzadas una por delante de otra sus extraordinarias piernas, velando así parte de su rizada intimidad.

Una sonrisa que no parecía humana floreció, despacio, con una lentitud casi humillante, en los labios sensuales del detective.

Entonces dijo:

—Sólo falta la pincelada roja.

—¿Roja...? —Arqueó las cejas, vivamente sorprendida, la hermosa Rosmary.

—Roja, sí —repuso él, sin abandonar aquella lentitud que parecía complacerle. Aliviar la tormenta tenebrosa que se estaba debatiendo en lo más íntimo de un espíritu que la rubia no había descubierto aún como torturado, como confuso frente a las diversas sensaciones que experimentaba... Un espíritu que tanto podía ser receptor como creador de la paranoia primitiva que llevaba a Owen Stack a buscar un marco siniestro a sus explosiones de lujuria. Repitió, lo mismo que sí saborease cada una de las letras:

R... O... J... A...

Rosmary, más por súbita premonición que por evidencia manifiesta, intuyó que algo terrible iba a sucederle.

Preguntando, con temblor en la voz y en su cuerpo desnudo:

—¿Con... con qué vas a pintarme de rojo?

El detective dejó que se entreabriese aquella gabardina de cuyo cobijo no se deshiciere en ningún momento y que incluso había motivado un comentario al respecto, por parte de la rubia, poco antes de abandonar el «Longfellows 84 *Pub*»... Entreabrió el gabán *beige* y extrajo un largo objeto de una funda que parecía formar parte del forro de la prenda.

Un extraño artilingio del que la luna arrancó reflejos que iban desde el azul al dorado, del cielo al infierno... Una siniestra herramienta con mango que recordaba una espada y de la que arrancaba la hoja de acero estrecha que se iba dispersando conforme se agrandaba su perímetro hasta terminar en un corte diagonal y curvo.

Terriblemente puntiagudo en el vértice que sobresalía de la anchura de la hoja.

—Con esto... —Alzó el instrumento para que la luna brillara con toda su fuerza contra el acero, arrancándole destellos en los que se reflejaban cien mil imágenes de muerte, un millón de monstruosas caricaturas que protagonizaban guiños tórridos, escenas dantescas en las que predominaba el rojo incandescente de las llamas del averno—, con este alfanje. *Y con tu sangre, claro.*

CAPÍTULO 6

Rosmary creyó, en principio, no haber entendido bien.

Pero el espantoso instrumento de acero era real.

Estaba allí.

Owen Stack lo mantenía empuñado, en alto, para que la luz de la luna siguiera arrancándole estremecedores destellos.

La expresión que lucía el rostro del detective, tan distinta a la que viera en el «Longfellows 84 *Pub*», confirmaba que la monstruosidad apuntada era un hecho.

Iba a ser realidad.

Expresión que parecía arrancada de las páginas del libro del infierno, porque los ojos de Owen, más que inyectados, estaban llenos de sangre; la rezumaban casi. El resto de las facciones se mostraban como bruñidas en un horno de horrores y la boca se curvada en mueca perversa, extraviada y asesina, propia de un perturbado mental.

De un sádico.

—Con esto, querida... —repitió, agitando de nuevo el alfanje—. Y con tu sangre, claro.

Rosmary Mac Brown, temblaba.

No a causa del relente de la noche.

Ni de su desnudez.

Era, simplemente, una cuestión de horror.

—Po... podemos entendernos, ¿no, Owen? ¿O sólo pretendes asustarme porque... porque *eso* te excita más, eh?

Movió la cabeza despacio.

Negativamente.

—No, querida. No podemos entendernos, porque voy a matarte.

—Owen... —Temblaba, y a ráfagas, las convulsiones del terror se convertían en latigazos que la hacían zozobrar—, por Dios. ¡Te lo suplico!

—Antes de cortarte el cuello —avanzó un solo paso hacia ella—, te contaré la historia de la bruja Kalme, que murió como vas a morir tú, decapitada en un cementerio, cuando pretendía invocar el espíritu de Satanás. La bruja Kalme tenía un aspecto francamente repulsivo y despedía un olor nauseabundo...

—¡NOOOO! ¡CALLA, POR FAVOR! ¡CALLAAAAAAA!

Noel Tracy estaba, más que sorprendido, desconcertado.

Dubitativo.

Él sabía, por haber sido testigo oculto y presencial, que ciertos tipos de mente retorcida, amantes de la aberración, obligaban a las prostitutas a intervenir en montajes tan sorprendentes como estrambóticos ya que, de otra forma, no eran capaces de estimularse como para participar en el juego del amor.

De todas formas, aquel fulano se estaba pasando... y de largo.

Porque el alfanje, desde luego, no era una broma.

—¿Qué hacer...?

Decidió finalmente permanecer callado y escondido como estaba, temeroso de que su intervención frente a la sospecha de que algo estuviese marchando mal, estropeará el negocio del mes. O del año... Lo suyo era impresionar en un negativo las imágenes que se desarrollaban ante él.

«Zapatero... —se dijo de frente para adentro—, ¡a tus fotografías!».

—Si vuelves a gritar —Owen había dado otro paso hacia Rosmary—, te cortaré en pedazos tan pequeños que no serán capaces de identificarte. ¿Qué te estaba contando, pequeña? —Su voz destilaba una ironía hiriente como el mismo acero del alfanje; una ironía satánica—. ¿Qué?

—La... ¡La historia de la bruja Kalme!

—Sí. Una leyenda de brujas, sí... —Reanudó el relato con ojos estrábicos ahora, vacíos, perdidos en una dimensión de contenido monstruoso donde debían repetirse, unas tras otras, las más intensas imágenes de horror que jamás le hubieran sido dadas a la retina del hombre. Prosiguiendo, con una extraña reverencia, en una especie de éxtasis contemplativo—: La faz de una mujer puede ser a veces algo horrible, satánico, puede ser un verdadero engendro diabólico lleno de horror y rictus mefistofélicos. Puede ser algo fantasmal, horripilante.

»Suele ser hermosura, atractivo y sensualidad, belleza... Es lo que siempre se espera encontrar en el rostro de una mujer. El amor y la pasión pueden brillar encendidamente en el fondo de unos ojos maravillosos. El deseo puede estar latente en la carnosidad frutal de unos labios rojos como la sangre, ansiosos de ofrecer el dulce sabor de su húmedo contacto.

»Más el rostro de una mujer, como sucedió en el caso de la bruja Kalme, *puede ser también la reencarnación de Satán*. El diablo puede esconderse y asomar con toda su espectacular gama horrenda y espectral, en las facciones de una mujer. Kalme, sí, tenía a Satán en la cara...

Conforme avanzaba en el relato, la exaltación de Owen Stack iba *in crescendo* y sus facciones parecían obrar una metamorfosis infernal pasando de lo humano a lo diabólico.

Prosiguió.

Kalme paseaba por los bosques y cuantas flores o hierbas rozaba con los dedos de sus manos se marchitaban y morían, y las setas, a su paso, se tomaban venenosas. Hasta aquel atardecer en que halló al hombre silencioso de la capa negra que le pidió que le siguiera y la llevó a una cueva lóbrega donde le dio a beber unas pócimas e invocó a los espíritus del mal, los poderes de las tinieblas y al propio Satán, pidiéndoles que deshicieran la maldición y el horrible hechizo que pesaban sobre la faz de Kalme.

Cuando Kalme regresó a casa, su madre cayó de rodillas, santiguándose muchas veces... *porque la muchacha se había convertido en una preciosa mujer*. Pero al cabo de un año, y sin que se hubiera casado, Kalme tuvo un hijo. Un niño terrible, diabólico, hediondo... mil veces más espectral que lo fuera ella al nacer. La gente dijo enseguida que aquél era el precio que Satanás le cobraba por haberla convertido en una mujer hermosa. Y dijeron también que aquel pequeño bastardo se lo había engendrado Lucifer...

Escuchándole, Rosmary tenía la sensación de estar consumiéndose en una hoguera de horrores cuyas llamas la quemaban con una lentitud exasperante, cruel, que le permitía tener consciencia del terror y contacto con el dolor.

De pronto, como si su cerebro fuera vivificado por un chispazo de realidad que le iluminaba cegadoramente, comprendió que su

única oportunidad consistía en la huida. No había otra opción. Tenía que aprovechar el ensimismamiento infernal en que parecía sumido aquel demente. Si no hacía nada por evitarlo, su muerte estaba trágicamente echada.

Se revolvió, en el momento que supuso que Owen había dejado de mirarla, intentando la carrera.

Pero el pánico que la envolvía interpuso en su camino el obstáculo de la torpeza. Sus pies se enredaron con algo y cayó de costado sobre una de las tumbas que flanqueaban el arriate, golpeándose contra el monolito vertical que la coronaba.

Owen, interrumpiendo su satánica disertación, lanzó un rugido al tiempo que saltaba sobre ella.

Con la zurda atrapó un manojo de rubios cabellos, estirándolos, para alzar brutalmente la cabeza de la sentenciada.

El acero chispeó muy cerca de las aterrorizadas pupilas de Rosmary Mac Brown.

Se fue atrás en décimas de segundo.

—¡¡Aaaaaaaaaaaa!!

Volvió adelante luciendo su filo letal.

—¡¡Aaaaaaaaaaaaah!!

Aqué! fue el último y desgarrador grito que la mujer profirió en la Tierra.

Porque quizá, en el infierno, seguiría gritando desesperadamente.

El tajo habló en silencio de lo terrible que llegaba a ser la monstruosidad de aquel loco homicida.

La cabeza, huérfana ahora del tronco, seguía sostenida por la mano izquierda que apretaba los áureos cabellos. Un torrente de sangre comenzó a brotar del cuello cercenado.

Owen agitó aquella esfinge de carne inanimada mientras profería guturales sonidos que ninguna relación tenían con la onomatopeya humana, alzando la cabeza de ojos vidriosos y desorbitados para ponerla encima de sus labios y sorber con delirante glotonería de bestia sádica el zumo rojizo-viscoso que seguía derramando la amputada garganta.

—¡Sangre...! —Gruñía, dejando asomar su lengua teñida de escarlata—. ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangreeeeeeee!

Noel Tracy, oculto tras un seto, al que la rapidez con que se

había pasado de los preliminares eróticos a la dantesca tragedia no le diera opción a reaccionar, creyó volverse loco.

Tuvo miedo. Pánico. Terror.

Tanto o más del que había tenido Rosmary.

El instinto de conservación que el horror acababa de convertir en cobardía le mantuvo quieto, inmóvil, convenciéndole de la inutilidad material de enfrentarse al homicida alienado que no iría a detenerse, ahora, por un crimen más o menos.

Vio cómo el tipo, agitando la cabeza inanimada de la pobre Rosmary con ademanes de poseso, empezaba a correr cementerio arriba, bramando:

—¡¡¡Sangreeeeeeee!!!

El fotógrafo pensó que jamás en la vida volvería a contemplar aquellas imágenes monstruosas de las que acababa de ser impotente testigo; que nunca sus ojos volverían a dilatarse frente a un cúmulo semejante de horrores.

Imágenes sí.

Que su cámara fotográfica había impresionado, inmortalizándola para la posteridad.

—¡¡¡Sangreeeeeeee!!! —seguía aullando el diabólico perturbado.

Imágenes de locura

CAPÍTULO 7

Annabel Power era un morenaza de gran impacto, con largo cabello azabache que resbalaba hasta la mitad de su espalda, ojos grandotes, casi más negros que el pelo, custodiados por largas y rizadas pestañas, y una boca de llamativos labios cuyo rojo excitante hacía pensar en el beso... y en otras cosas, si mirando aquella boca la imaginación llegaba a desbordarse.

Etcétera...

También era propietaria de un cuerpo marcial, por su firmeza, y exuberante, por la prodigalidad de sus encantos. Por su contundencia inclusive, por su generosidad también. Annabel tenía unos pechos en aquel cuerpo... ¿Cómo diríamos? Muy pechos. Es una forma.

Bueno, se quiere decir con todo esto que Annabel Power, además de ser una chica morena, preciosa e inteligente, era a la vez la secretaria de Owen Stack.

O sea, que era como tenía que ser la secretaria de un detective privado. Todo lo eficiente y espectacular que exigían los cánones.

Annabel tenía también, entre todas aquellas «virtudes» ya reseñadas y resaltadas, su corazoncito. Y por eso, o por ése, a causa de su romántico y juguetón corazoncito, habría deseado y deseaba fervientemente de hecho tener un trato más aproximado con Owen que el impuesto por la monótona relación secretaria-jefe que en la mayoría de ocasiones no pasaba de ser fría y distante, profesional, exenta del color y calor, del apasionamiento que a la morena le gustaba poner en todo aquello que hacía o tocaba... Pero hasta la fecha, todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos.

Porque ella tampoco se conformaba —o se prestaba— con ser, solo, el capricho de una noche de verano... o de cualquier otra estación climatológica del año. Quería más. Quería ser el capricho de todas las noches de Owen Stack.

No desesperaba aún.

Todavía no había arrojado la toalla.

En estas cosas —como de costumbre y para variar— andaba pensando la morena cuando se abrió la puerta del apartamento-despacho para dejar constancia de que el jefe, transcurrido el *week end*, se incorporaba al tajo.

—¡Eh, grandullón! ¿Dónde has estado metido este fin de semana?

Owen se inclinó hacia ella para besarla suavemente en los labios.

—¡Eh! —repitió Annabel, sorprendida, sofocada y agradecida—. ¿A qué se debe esto? ¿Desde cuándo tú...?

El detective mantuvo sus ojos en línea recta con los de ella y muy fijos, casi como queriendo penetrar dentro, en las redondas y grandotas pupilas de la morena.

—Verás, en estos días que he pasado lejos, apartado del mundanal ruido, he llegado a la conclusión de que tengo la secretaria más hermosa y deseable de Baltimore. En una ciudad de monumentos como ésta y llena de monumentos como ésta, yo poseo el placer de haber monopolizado el más hermoso de todos. Por lo menos, disfruto el privilegio de contemplarlo a diario. Un monumento que tiene unas piernas y unos... En fin, ¿qué tal lo he hecho?

—¿Has bebido en tu retiro del lago o es que te dura la gozada de haber pescado un tiburón de agua dulce?

Owen, con rictus gracioso, le guiñó un ojo.

—No te vas a creer una cosa, Annabel.

—Dímela primero, ¿no?

—Cuando me largo a la cabaña, me aparto totalmente del mundo. Nada de periódicos, nada de radio, nada de televisión... Procuro no pensar tan siquiera. La caña y el río componen todo mi *hábitat*. Y cuando regreso al *bungalow*, la lectura. ¡Hago unas mezclas literarias! Erle Stanley Gardner, ensayos de Montaigne, William Faulkner, y acabo volviéndome majareta con *des Lois*

De L'Esprit

, de Montesquieu. Cosa de locos, lo reconozco. Sin embargo este *weekend*, eso es lo asombroso y lo que no te vas a creer... —La besó otra vez en la boca, pero con mayor largueza y vehemencia que la

vez anterior—. ¡Huuuuuuuum! Qué labios tan deliciosos... ¿Cómo no se me había...?

—Owen. Estoy esperando que me digas lo que, según tú, no voy a creerme —le acució Annabel, impaciente.

—Apenas si le he puesto gusanos al hilo, casi no he pasado la página de un libro... —Su expresión era melancólica e incluso movía ligeramente la cabeza de un lado para otro como solía hacerse al arrullo de una evocación o recuerdo.

Ella inquirió:

—¿Entonces?

—Tú. Me he pasado cuarenta y ocho horas sin conseguir apartarte de mi pensamiento.

—¡Muérete! —exclamó ella, con desdén. Con fastidio mejor dicho, porque lo único que la preocupaba era que aquello no fuese verdad. Añadió, interrogante—: ¿Quieres empezar la semana burlándote de mí?

—¿Lo ves? —Alzó él las cejas contrariado—. ¿Qué te he dicho?

—¡Pero...! ¿Tienes el valor de pretender que lo admita?

Owen Stack tomó entre las suyas las suaves manos de Annabel con un estilo que, pese al escepticismo de la morena, logró que su corazón diese un vuelco y se fijara profundamente en la expresión de ternura, de interés, que ocupaba las facciones del apuesto detective.

Y dijo él:

—Has estado siempre tan cerca, Annabel, que no me he dado cuenta de nada. Por eso, a partir de ahora, quiero que nuestra relación sea algo más... Quiero que me dejes conocerte mejor.

—¡Si me lo juran hace cuarenta y ocho horas no lo creo! Owen... ¿estás seguro de lo que dices?

Miró con un guiño significativo las estupendas piernas de Annabel Power, cruzadas elegantemente, antes de contestar con una nueva pregunta:

—¿Crees que no voy a estarlo luego de contemplar esos preciosos remos que mueven tu cuerpo, que lo ondulan, que lo...?

—¡Vale, vale, ya está bien, lanzado! —La secretaria se puso muy seria de repente, hasta triste, antes de anunciar—: Owen, si esto es un montaje para pasártelo bien durante una temporada, sólo te pido que pienses en el daño que puedes hacerme.

Se salió un tanto por la tangente.

—No seré el primero que se casa con su secretaria, ¿verdad? —Y luego de deslizar sus labios sobre la punta de la naricilla de Annabel, se fue hacia la habitación que le hacía las veces de despacho, preguntando—: ¿Ha ocurrido algo importante este fin de semana?

Ella, agitó en alto un ejemplar del «Baltimore Good Times», exclamando:

—¡Lo del sádico del cementerio!

Owen Stack se detuvo, en seco, bajo el umbral, vacío ahora, al haber empujado la hoja de madera hacia adentro.

Tardó como veinte segundos en repetir, interrogante:

—¿Él... el sádico del cementerio? ¿Qué significa eso, Annabel?

—Significa que tu «ex», el teniente Thomas McDowell de Homicidios, va de cráneo tras ese «Destapador» a la nueva usanza que ha aparecido por Baltimore.

Owen Stack permaneció unos instantes en silencio. Él, «ex», significativamente pronunciado por su bella secretaria, aunque sin ánimo malicioso, había despertado recuerdos en la mente del *private eye*. Recuerdos que él intentaba olvidar, desterrar para siempre. Incluso, a veces, pretendía convencerse de que *aquello* nunca había sucedido. *Aquello...* se refería a su salida poco airosa del *Police Departament*; más concretamente, de Homicidios. Había trabajado con McDowell; podía decirse que sus dientes profesionales le salieron al amparo y protección del Viejo Thomas, que no era tan viejo, pero por ser el más antiguo del Departamento, se había quedado con lo de: «el viejo».

Thomas McDowell se lo advirtió un día:

»—Ahora no es como en los años 30, muchacho. Entonces enviaban cuatro matones a que te “cosieran” por la espalda si antes te habías negado a los “ofrecimientos” del *gang*. En la mayoría de los casos, o eras corrupto... o eras cadáver. Al menos, eso cuentan los jubilados. Y eso dicen las páginas de la historia policial. Ahora no. Han cambiado las técnicas. Vigila... Los ojos siempre abiertos, Owen. Mucho cuidado. Sobre todo, con las mujeres».

Stack no sólo echó en saco roto la advertencia, sino que había acabado por enamorarse tonta y perdidamente, en un espacio récord de tiempo además, como si estuviera compitiendo en la

maratón o en las 24 horas del amor... se enamoró como un estúpido de Faye Keel.

Faye Keel había cobrado por conseguir que el «poli» se enamorase de ella. Y por meterle droga hasta en el plastificado carnet de policía. Y por poner un barbitúrico en la bebida del teniente, salirse de la cama y dejar que la ocupase una menor, huida 24 horas antes de un correccional.

Owen tuvo que largarse con las orejas gachas y los mandamases del Departamento se *olvidaron* de muchas cosas.

De casi todas las cosas que habían rodeado la *dimisión* del teniente Stack, del Departamento de Homicidios.

Diez días después de que Owen hubiera abandonado la policía. Faye Keel apareció muerta en su apartamento. Al parecer, el óbito fue causado por una sobredosis de heroína. Algunos proveedores cualificados de los medios de difusión social de Baltimore, apuntaron hacia el hecho de que, *a lo peor*, la sobredosis le había sido inyectada a Faye por *alguien*, mientras la muchacha dormía.

No se pudo probar.

Pero más de uno había pedido que se abriera una investigación en la persona de Owen Stack. Este quiso marcharse de Baltimore, pero un buen amigo le aconsejó todo lo contrario:

»—Si te largas, muchacho, es como si entonasas el *mea culpa* más implícito y explícito que jamás se haya oído. Moralmente, serás convicto y confeso de la muerte de esa mujer. Tienes que quedarte, muchacho. Ahora con mayor motivo que nunca».

Una vez más, el viejo Thomas tenía razón. Y Owen permaneció en la ciudad. Valiéndose de la cobertura de alguno de sus antiguos superiores pudo obtener la licencia de detective privado y, como tal, venía ejerciendo desde hacía seis meses.

Intentando, desesperadamente, olvidar que todo aquello había sucedido. Pero siempre aparecía una razón u otra que acababa por precipitar su mente al abismo de los recuerdos.

Annabel, un tanto sorprendida por aquel largo silencio que parecía haber succionado a su jefe, alejándose psíquicamente del lugar, exclamó:

—¡Eh, Owen! —Chasqueó los dedos corazón y pulgar de la diestra—. ¿Passssa, detective? —le preguntó, imitando el argot pasota. Y luego—: Estábamos hablando del sádico del cementerio.

¿Quieres leerlo tú mismo?

—¿Cómo...? —«cayó» en el despacho de su secretaria regresando de la lejana dimensión del mundo de las vivencias pasadas—. ¿Decías...? ¡Ah, sí! Perdona. El sádico del cementerio, sí. ¿Es Thomas McDowell quién se encarga del caso?

—*Ecco*. ¿Quieres echarle un vistazo al periódico? África Howard, como es norma de la casa, se pone las botas.

—Déjame el diario, sí. Voy a leerlo. Si lo afirma África... ¡pues eso!

—¿Estaba enamorada de ti, no?

—¡Por favor, Annabel! Salimos juntos una temporada, sí. Pero todo terminó cuando lo de Faye Keel. ¿Quieres ayudarme a no recordar, pequeña? Además, creo haberte dicho algo al llegar, ¿no?

—Y yo sigo teniendo un montón de dudas al respecto. Pero descuida, ¡te daré una oportunidad!

—O.K. La merezco —el detective parecía haberse integrado por completo con la realidad del presente, que abandonase poco antes, merced a su vertiginosa caída por el alambique de los recuerdos.

Recuerdos lejanos unos...

¿Cercanos quizá los otros?

¿Recientes...?

EL SÁDICO DEL CEMENTERIO.

Owen volvió sobre sus pasos para recoger el periódico, dirigiéndose de nuevo hacia el despacho cuya puerta cerró con cierto estrépito a su espalda.

Annabel Power se quedó absorta, meditativa. No acababa de entender todavía aquel cambio radical, brusco, que Owen había manifestado hacia ella aquel lunes que habría recordado toda la vida si hubiese tenido garantías a cerca de la sinceridad de él; no acababa de entrarle que el pesquisa... Bueno, ¿por qué no? Pero también la sorprendía, la confundía mejor dicho, el vuelco producido en la actitud de él cuando le había comentado lo del asesinato del «Green Mount Cemetery Gates».

Aqué! era un Owen Stack al que ella no estaba acostumbrada.

—¿Y si a ese sinvergüenza le pide juerga el esqueleto y quiere divertirse conmigo? Él sabe que si no es a cambio de una promesa firme no va a obtener nada de Annabel... ¡Todos son iguales! Tendré que ser cauta frente a esas súbitas explosiones románticas de

mi jefe. Nada de colchón, si es lo que pretende, mientras no me lleve del brazo a presencia del juez. Aunque... —Se mordió, insegura y dubitativa, el labio inferior—, una es débil. Muy débil. ¿Por qué ocultarlo? Y si me aprieta las «clavijas», a lo peor caigo como una pardilla. Bien mirado, tampoco es tan grave caerse en una cama debajo de un tipo como Owen. O encima... ¡Bah! ¡Este tío me va a volver loca con sus cambios de talante!

Mientras, trataba de enfrentarse con la correspondencia y el archivo para huir de la contradictoria disparidad de pensamientos que se habían engendrado en su mente, y escapar también a la cantidad de inquietudes que había creado en su cuerpo —marcial hemos dicho antes— la inesperada y sorprendente actitud del pesquía aquella soleada mañana de octubre con la que se iba a iniciar una semana más, una nueva semana...

Entretanto, Owen Stack, leía atentamente el artículo publicado el día anterior, domingo, en la primera página del «Baltimore Good Times», con la rúbrica de la más prestigiosa redactora de sucesos de la ciudad, y la más morbosa sin duda, África Howard.

CAPÍTULO 8

Éste era el titular sensacionalista:

LOCURA ENTRE TUMBAS

Y el subtítulo, ostentosamente destacado también, decía así:

EL SÁDICO DE LOS
CIPRESES DECAPITA A UNA
PROSTITUTA BAJO LA
NOCHE OSCURA DEL
«GREEN MOUNT CEMENTERY
GATES».

Y a partir de ahí se iniciaba el comentario de la noticia en estos términos:

«Si no se tratara de un rasgo excesivamente macabro y fuera de órbita, me habría atrevido a titular este artículo con la frase: *Morir al lado de casa*. Porque si el cementerio es la casa de los muertos, a Rosmary Mac Brown, un asesino la llevó a morir al lado de casa. La llevó premeditadamente, con su turbio y alienado cerebro lleno de fantasías siniestras, de escenas diabólicas que pretendía extraer de su mente enfermiza y trasladar a un sangriento marco de realidades... La llevó hasta allí, sabedor, era el único que lo sabía, de que aquella rubia que había elegido el sendero fácil para tener un saldo miserable en la cuenta corriente por aquello de “si un día me da un dolor de vientre”, no iba a regresar al “Longfellows 84 *Pub*” del que la había sacado a cambio de gozar en sus carnes del placer

retribuido.

»No volvería, porque el alienado asesino la llevaba a derramar su sangre, *al lado de casa*.

»¡Qué siniestro paseo!

»Y me pregunto, y pregunto... ¿Le importa demasiado a la puritana sociedad del Baltimore de nuestros pecados, de nuestros castos pecados, claro, que un sádico demente corra por ahí llevándose a las chicas de vida alegre al cementerio para rebanarles la cabeza de un tajo? Se me ocurre pensar al respecto, que en Francia, el verdugo no debió experimentar igual sensación cuando guillotinaba a María Antonieta que cuando ajustició a los miembros de la servidumbre fieles a la monarquía francesa. La historia ha seguido hablando de María Antonieta, incluso algunos historiadores han expresado serias dudas acerca de la moralidad que rodeó su ejecución... ¿Pero conoce alguien el nombre de las doncellas de la reina? No... ¿Se preocupará alguien dentro de un mes por qué a una mujer llamada Rosmary Mac Brown un loco sanguinario le cortó la cabeza el viernes pasado entre las tinieblas del cementerio?».

La periodista se entretenía en un amplio contenido de vacías filosofías que no pretendían otra cosa que cantar reivindicaciones de talante feminista, terreno en el que África Howard era una auténtica radical. El artículo en sí, no pasaba de ser una vulgar apología al feminismo.

Hacia el final la articulista se ceñía más concretamente a los hechos, explicando cómo Rosmary había conocido al que supuso un cliente en la barra del «Longfellows 84 Pub», establecimiento que había abandonado para solazarse con él en la intimidad.

Y seguía, con este redactado:

«Según testigos presenciales, Rosmary salió del establecimiento alrededor de las once p.m., en compañía de un tipo bien parecido, de unos 30 años aproximadamente, cuya apostura suscitó, incluso, comentarios entre envidiosos y aprobatorios de algunas

compañeras de la infortunada.

“Blue’s”,

la simpática negrita que se encarga del guardarropía del “Longfellows 84 Pub”, ha comentado a esta redacción: *Yo le vi lejos. Pero tenía aspecto de ser muy como la gente. Todo un caballero, sí. Claro que, después de lo que hizo luego con Rosmary... ¡Pobrecita Rosmary! Era incapaz de hacer daño a nadie. ¡Se lo juro, señorita! ¡Incapaz!*

»Jessica Parker, cuyas fuentes de ingresos corren paralelas a las de la Brown, ha explicado a la policía que su amiga...».

Tras la declaración de la trigueña que elogiara la suerte y el acierto de Rosmary Mae la noche del crimen cuando ésta abandonaba el *pub* con su estupendo cliente, pidiéndole entre bromas que la tuviese presente en sus *piadosas* oraciones, compromiso que la Brown había aceptado con una risa burlona en los labios... Tras ello, África Howard enfilaba la recta final de su espectacular artículo, escribiendo:

«Aunque el teniente Thomas McDowell, al que se le ha asignado el caso, para variar, se ha cerrado en banda y no ha querido explicar nada a la prensa amparándose en el tópico absurdo de que el menor comentario por su parte podía, sin desearlo, alertar al asesino de los progresos realizados por la policía en las últimas horas y advertirle de las sospechas muy concretas que albergan acerca de su identidad... Pese a ello, decíamos, hemos podido averiguar que gracias a la descripción facilitada por Jessica Parker, “Blue’s”,

y algún otro testigo presencial que se hallaba en el *pub* cuando Rosmary salió de allí en compañía del asesino, la policía dispone de un retrato-robot de este que, al parecer, y según quienes le vieron, se ajusta perfectamente a las características faciales de aquél.

»Hemos podido saber también que McDowell ha

destacado a dos de sus hombres tras el paradero de un tal Noel Tracy, fotógrafo de profesión, al que se supone estrechamente vinculado sentimentalmente y comercialmente con la infortunada Rosmary. Parece ser, aunque se trata de una noticia sin confirmar, que Tracy es pieza determinante del rompecabezas. La única persona que puede conducir directamente al criminal. Pero, sin que se sepa con exactitud la razón, el fotógrafo desapareció sin dejar rastro la misma noche del crimen.

»Seguimos y seguiremos cubriendo la noticia al segundo y al milímetro por lo que esperamos poder informales cumplidamente en nuestra edición de mañana lunes sobre los progresos realizados por la policía y de aquellos que obtengamos por nuestra cuenta y riesgo, a pesar, precisamente, de los muchos obstáculos con que la autoridad competente siembra nuestro camino que, como ellos quieren, o parecen ignorar, corre paralelo a los intereses de la opinión pública, que tiene derecho constitucional a estar puntual y debidamente informada de...».

La puerta del despacho de Owen Stack se abrió bruscamente.

O a él, sumido en la lectura del periódico, ajeno de nuevo a todo aquello que le rodeaba, le pareció que se había abierto bruscamente.

Cerró el periódico de manera precipitada. Lo mismo que si pretendiera ocultar algo dentro de él. O que no saliera nada del interior de aquél.

Cambió, incluso, de color.

CAPÍTULO 9

Annabel también.

Cambió de color al tiempo que se sobresaltaba observando el aspecto demudado, cerúleo, y aquella expresión casi desencajada que asomaba en las correctas facciones del detective.

—¡Maldita sea tu estampa! —gritó, crispado, apretando los puños encima del periódico—. ¿Es que te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre abrir la puerta de... de esa manera?

La morena no entendía nada.

—¿Abrir de... *aquella manera*?

—¿De qué *manera*, Owen? La he abierto como siempre. ¿O acaso existe *otra manera* de abrir las puertas? Oye... ¿puedo saber qué te ocurre? Llegas más zalamero que nunca, me cubres de halagos y requiebros para, de pronto, cambiar brusca y radicalmente tu actitud tratándome casi con exabruptos. ¿Por qué estás tan nervioso?

Stack inclinó la cabeza, quizá para evitar que ella captase una expresión más elocuente de lo que él deseaba.

Preguntó, eludiendo la respuesta:

—¿Qué hay?

—Un cliente... supongo. Dice que os conocéis. Se llama Gene Nielsen y es psiquiatra.

—¿Nielsen? —Arqueó las cejas el investigador. Movi6 luego la cabeza negativamente y dijo—: No recuerdo, no. De todas formas, hazle pasar.

Annabel, muy preocupada por la forma de comportarse de Owen y sin hacer demasiado por ocultarlo, regresó al antedespacho y le dijo al que allí esperaba:

—Pase, por favor.

Owen se puso en pie para recibirle y cuando el que había dicho apellidarse Nielsen y ser psiquiatra apareció en el umbral, la luz se

hizo en su memoria.

Nielsen, sí. Médico de la mente y del espíritu.

Le recordaba.

Se habían conocido un año atrás, poco antes de que se produjera la salida de Owen del cuerpo policial.

Nielsen era un tipo joven recién doctorado en psiquiatría, que le cayó simpático a las primeras de cambio. Activo, lleno de vida, inquieto al máximo, que transpiraba ilusiones, ganas de triunfo y enormes deseos de hacer las cosas bien. Convencido, además, de que con sus teorías podía revolucionar el complejo mundo de la mente y sus imágenes que, según él, venía tratándose desde hacía cincuenta años con los mismos procedimientos arcaicos, del todo desfasados ya.

A Owen le había convencido. Admitió sus explicaciones influyendo en la conciencia de Thomas McDowell y del propio Comisionado de la ciudad para que ambos aceptasen la petición del médico: Que Robert Wendice, convicto del estrangulamiento de su esposa y recluido en período de observación en un centro psiquiátrico del Estado, permaneciese en aquel lugar, del que Nielsen estaba en plantilla, por un nuevo espacio de seis meses. La intervención judicial tampoco opuso serias dificultades ya que los magistrados, de siempre, apetecían lavarse las manos y descargar toda la responsabilidad en los médicos cuando el acusado padecía ciertas deficiencias psíquicas. Así que, gracias a la mediación de Owen Stack, se le dio luz verde a Nielsen. El psiquiatra estaba convencido de que Wendice había cometido el homicidio víctima de un acceso de trastorno mental transitorio cuyas causas había que buscar en imágenes sueltas, confusas, de su subconsciente, las cuales podían engendrar fragmentos psicopáticos u obsesivos que degenerasen, como había sucedido, en incontenibles impulsos homicidas.

Le había convencido, sí. Puede que por la propia seguridad que transpiran las enrevesadas y complicadas argumentaciones del psiquiatra.

Owen Stack no llegó a saber si Nielsen estaba en lo cierto porque poco tiempo después había sobrevenido la hecatombe. Apartándole de todo lo que no fuera procurar salir lo mejor librado de aquel enredo en el que le asignaban el papel de protagonista; de

víctima propiciatoria, en realidad.

Y mira por dónde, ahora...

—¡Nielsen! —exclamó, saliendo de la mesa con la derecha extendida—. ¡Cuánto me alegra volver a verle! ¿Qué tal por el sanatorio?

El médico estrechó la mano con igual cordialidad que se la ofrecían, comentando sin énfasis:

—Supe lo que le sucedió, Stack. Y créame que lo sentí. Usted no se merecía aquello, pero... ¿El sanatorio? ¡Oh, no, ya no estoy allí! Puede decirse que yo, como usted, causé baja en la nómina estatal.

—Vaya... no sé si debo alegrarme. ¿Debo?

—Debe —sonrió el médico, sentándose en la silla que Stack le indicaba con gesto elocuente. Para añadir—: Siguiendo también su ejemplo, hace tiempo que me establecí por mi cuenta.

El detective ocupó su butaca tras la mesa.

—Bien, bien... —Le devolvía al psiquiatra la afectuosa sonrisa. Preguntando luego—: ¿A qué debo...?

—Verá, teniente...

—Eso ya pasó, doctor. Owen a secas, o Stack, como prefiera.

—¡Oh, sí, discúlpeme! Es la fuerza de la costumbre supongo. Bueno, como iba a decirle, me he permitido venir a molestarle...

—Por favor, amigo. Me siento honrado con su presencia.

—Gracias. Vengo a pedirle un favor, Owen.

—Adelante —le invitó el detective.

—Que no por serlo, dejará de verse retribuido con los honorarios que usted estipule o tenga por costumbre.

Stack sonrió con cierta ironía.

—Si es así, viene usted a contratar mis servicios.

—No hubiera acudido a otro detective, de ahí que lo califique de favor.

CAPÍTULO 10

—Sin rodeos, Nielsen. ¿De qué se trata?

El psiquiatra carraspeó pretendiendo aclarar su garganta, antes de empezar:

—Mire... Hace como una semana aproximadamente recibí en mi consulta la visita de una dama joven, de relevante posición social, maneras elegantes y exquisita belleza. Debo confesar que me causó una gran impresión...

—¡Ah, pícaro!

Gene Nielsen lanzó una tímida carcajada.

—¡No, no me interprete mal! Al margen de su hermosura, que es mucha y exquisita como toda ella, *Lady Niven*...

—¿*Lady*? —se extrañó Stack.

—Está casada con un aristócrata inglés, *lord Percival Niven*, que lleva casi treinta años residiendo en Estados Unidos.

—¡Ah, ya! Siga, doctor. Prometo no volver a interrumpirle.

—Nova Sullivan, ése es el nombre de soltera de mi cliente, estaba y está desesperada. Me preocupó ver una dama tan joven en aquel estado de crispación y la insté a que me expusiera libremente sus temores... Nova había contraído matrimonio pocos meses atrás con un hombre que la adelantaba cronológicamente en treinta y cinco años: *lord Percival Niven*, como ya he apuntado antes.

El médico hizo una breve pausa, miró a Stack, que le escuchaba con suma atención, prosiguió:

—Ella, codiciada modelo de alta costura, acostumbraba a verse en permanente asedio por parte de hombres procedentes de los altos estratos sociales, todos ellos acaudalados, pero incansable defensora del razonamiento romántico como única causa para acceder al matrimonio, había rechazado sistemáticamente ofrecimientos y solicitudes... Sin embargo, el más veterano de todos, el que menos sentimientos amorosos o físicos podía

inspirarle, logró vencer sus reservas y llevarla al matrimonio sin importarle que ella repitiera que jamás podría amarle. *Lord* Niven, a cambio, había insistido un día y otro acerca de su respeto y sumisión, del bienestar que iba a proporcionarle en cada minuto de su vida, en la inmensa fortuna de la que sería única y universal heredera a su muerte...

—¿Y luego? —Le acució Stack, pese a su promesa de no interrumpirle.

—Se casaron.

—¿Y luego? —insistió con sonriente terquedad. Ampliando—: ¿Para qué y por qué fue ella a visitarle en estado tan... digamos, lamentable?

—Pocas fechas después de la boda —fue recto a la cuestión sin entretenerse en nuevos circunloquios ni aderezar el contexto con frases altisonantes—. Percival Niven decidió, repentinamente, trasladarse al castillo que su padre, cuarenta y cinco años atrás, había mandado construir a imagen y semejanza de los de la vieja Inglaterra, en las cercanías del «Green Mount Cemetery Gates». Se instalaron allí con el lógico disgusto de la joven Nova. Y si eso le resultaba desagradable y sorprendente, mucho peor resultó lo sucedido la primera noche de estancia en el lóbrego recinto, tras la cena.

Hizo un alto y Owen se limitó a mirarle en silencio.

—Aquella noche —prosiguió el psiquiatra—, apenas había terminado de cenar, Nova notó algo muy raro en su marido. Dice que vio transfigurarse su cara al tiempo que pronunciaba frases incoherentes, ilógicas, relativas a la relación camal de ella con otro hombre, de lo que *lord* Niven decía haber sido testigo. Vociferaba cada segundo en mayor *in crescendo*, a la vez que describía una escena erótica, casi aberrante, que sólo existía en su imaginación y que él imputaba a su mujer y al inventado amante. Conforme su excitación iba creciendo, *lord* Niven se revolvió, atrapando un alfanje de la panoplia cercana, girando después de nuevo con manifiesta intención de estallar el filo en la cabeza de ella. *Lady* Niven, asegura que se detuvo en el mismo instante en que iba a descargar el primer y brutal golpe con el acero.

—Ese hombre está loco —sentenció el detective.

—No... —murmuró el médico, renuente— y sí. Y acepto el

término locura en un sentido muy amplio y para que nos entendamos, Owen. Pienso, en principio, que *lord* Percival Niven es víctima de unas vivencias perdidas en el mundo de su subconsciente, en su otro yo. Una serie de imágenes que debieron suceder en tiempos pasados, en momentos posiblemente crueles que él, consciente, trata de olvidar de forma desesperada. Pero esas imágenes, cuando menos lo espera, flotan juntamente con las actuales, con las de ahora, creando un verdadero caos, un desequilibrio peligroso cuyas resultantes responden a la narración efectuada por *lady* Niven. Pero eso, con ser grave, no habría sido lo peor de no haberse producido un hecho terrible que motivó la urgente visita, el pasado sábado, de mi atribulada cliente.

Nielsen hizo una pausa con la intención, estaba claro, de permitir el interrogante del detective:

—¿Cuál es ese hecho, doctor?

—Nova llegó hasta mi aterrorizada. Incluso tuve la sensación, al volver a verla, de que el pánico había borrado de un cruel plumazo la extraordinaria belleza de su rostro.

—Me tiene en ascuas, Nielsen —y era cierto, el investigador se había ido interesando paulatinamente en las circunstancias del relato, y ante el enigma expresaba la máxima tensión. Hasta desasosiego diríase. Le instó—: Al grano, doctor. Al grano...

Lord Niven despertó a su esposa a altas horas de la madrugada del sábado para mostrarle, en macabra exhibición, la cabeza de una mujer que él aseguraba, entre gritos histéricos y enloquecidos ademanes, haber decapitado. Argumentaba, torpe e incoherente, que aquella maldita esclava de la lujuria y las bajas pasiones era tan ramera como Nova, que incluso se le parecía físicamente, y que por ambas razones le había cercenado la cabeza de un tajo. Que la próxima, si no dejaba de verse con su amante, sería ella. Nova Sullivan creyó enloquecer, pensó incluso que merced a un extraño maquiavelismo había sido transportada a las regiones infernales para que fuese testigo de aquella horrible visión. Se excitó de tal manera al referirme la siniestra historia, que tuve que administrarle unos sedantes porque comencé a temer por su equilibrio psíquico.

—Y esa muchacha —no pudo contenerse Owen, impulsado por un nerviosismo evidente y manifiesto—, la decapitada, ¿quién era?

—Hemos podido saber que se trata de Rosmary Mac Brown. ¿Ha

leído los periódicos, Stack?

Movió la cabeza en sentido afirmativo procurando escapar a lo que se le antojaba penetrante y escrutadora mirada del psiquiatra.

—Sí... —murmuró con un hilo de voz. Añadiendo—: He pasado fuera de Baltimore el fin de semana, pero hoy, a mi regreso, mi secretaria me ha explicado lo sucedido. Acabo de repasar... —Golpeó con la palma de la mano el diario que tenía encima de la mesa— el artículo firmado por África Howard en el «Baltimore Good Times». Esto, Nielsen... ¿cree de veras que *lord* Niven asesinó a esa pobre chica?

—Sin lugar a dudas. Nova Sullivan tuvo ocasión de contemplar el alfanje manchado de sangre. Y la cabeza que mostraba su marido como trofeo era la mayor elocuencia.

—Terrible, sí. Imagino lo que debe estar sufriendo *lady* Niven. Pero no entiendo en qué puedo serles útil. Lo lógico sería que usted hubiese comunicado a la policía al macabro hallazgo...

—La cabeza de Rosmary Mac Brown ha desaparecido. Nova no ha conseguido arrancarle una sola palabra más a su marido sobre el luctuoso suceso y, por otra parte, *lord* Niven es un enfermo mental al que no puede hacérsele confesar el crimen si antes no averiguamos el porqué del mismo.

—Trato de entenderle, doctor. Una vez ya lo hice... —murmuró el detective, dando la impresión de que estaba arrepentido de haberlo hecho así en aquella ocasión. Prosiguió—: Lo que sigo sin comprender es lo que usted pretende de mí.

—Necesito una persona de mi absoluta confianza y totalmente digna de crédito que conviva con los Niven, que me informe con exactitud de los hechos, normales y anormales, que se produzcan en ese tétrico recinto cercano al cementerio... Una persona que habiendo sido policía y siendo en la actualidad detective privado, vea de descubrir el lugar donde Percival Niven ha escondido la cabeza de Rosmary Mac Brown. Tengo una reserva, Owen...

—¿Cuál?

—Las explicaciones de Nova Sullivan, nacidas tras instantes de tensión límite, puede que no respondan por entero a los hechos que...

—¿Sospecha que esa cabeza no pertenece a la infortunada Rosmary Mac Brown? ¿O que acaso ni tan siquiera existe?

—Estoy convencido de que existe y de que pertenece a esa infeliz prostituta. Pero hay algo que no acaba de encajar. Tal cual está la historia, Owen, ni puedo acudir a la policía, ni solicitar que se interne a Percival Niven en un establecimiento psiquiátrico. Debo disponer de evidencias. Por eso le he dicho que necesitaba de usted, que venía... que he venido a pedirle un gran favor. Al margen de la retribución económica, insisto.

Stack pensó en fracciones de segundo que debía aceptar la propuesta del doctor Nielsen. Incluso porque sería importante para él desenmascarar a *lord* Niven si se trataba del sádico del cementerio. Y se preguntó en lo más íntimo de sus tormentosos pensamientos, de la extraña confusión en que se debatía su cerebro, si le interesa realmente desenmascararle, o *que fuera en verdad el sádico del cementerio*.

Su turbación debió resultar evidente para el psiquiatra, que le oyó preguntar, sobresaltándose:

—¿Algo va mal, Owen?

—¡Oh, no, no! Sólo me estaba preguntando de qué argucia voy a valerme para entrar en la órbita de los Niven y convivir con ellos como usted pretende.

—¡Ah! —exclamó el médico con una amplia sonrisa de alivio—. ¿Era eso? Nada más sencillo, amigo. *Lady* Niven, de acuerdo conmigo, publicará un anuncio en la columna de demandas del «Baltimore Herald» solicitando los servicios de un mayordomo con experiencia, buenos informes...

Media hora después, y acompañado del doctor Nielsen, Owen Stack abandonaba su despacho, no sin antes decir a su secretaria:

—Voy a estar unos días fuera, Annabel. Puede que una semana... Ya me pondré en contacto contigo en caso de ser necesario.

—¡Pero...! —La morena estaba boquiabierta—. ¿Qué es lo...?

El detective cerró la puerta dejándola con la palabra en la boca.

CAPÍTULO 11

—¿Por el anuncio dice? —Tenía las hirsutas cejas arqueadas y una expresión de desconcierto repartida por la arrugada geografía de su rostro, afable en conjunto, simpático incluso—. ¡Ésta sí que es...! ¡Ah, calle, calle! Eso es cosa de mi mujer, de Nova... El anuncio pidiendo mayordomo, ¡claro! Oiga, joven, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Owen Stack.

El otro sonrió, exclamando, como si ello le produjese gran alegría:

—¡Eso, Owen! ¿Le importa esperar un momento? —Vio aquiescencia en la cara del que se presentaba para la plaza vacante, añadiendo—: Gracias. Enseguida aviso a Nova.

Percival Niven era delgado y alto, ligeramente cargados los hombros, de ademanes vivos y espontáneos, que acompañaba su oratoria de una nerviosa gesticulación que parecía tener como destino trasladar a quienes le escuchaban toda la fuerza de su sentir.

La expresividad general que transpiraba su persona era bonancible. Nada había en él que hiciera imaginar, y mucho menos admitir, que aquel hombre fuese capaz de decapitar a otra persona.

Puede que Stack le viera así porque tenía, quizá, mejores elementos de juicio que nadie para creer a pies juntillas en la inocencia de Percival Niven y...

—¡Por fin! —exclamó alguien muy cerca de él en tono quedo y quebrado, con voz que respiraba ansia, emotividad, y un cierto alivio al exclamar aquel «¡por fin!», que parecía salirle del alma. Preguntando a continuación—: ¿Es usted el detective Stack, no?

Ladeó la cabeza para mirarla.

Gene Nielsen se había quedado corto al describir las excelencias de Nova Sullivan. Elegante, hermosa, exquisita... muy cierto. Y

angelical también. Aquella mujer extraordinaria estaba rodeada de un invisible encanto, de algo que no podía verse ni definirse, pero que se hacía presente, sólido, atrayendo hasta ella.

Quizá la suavidad primorosa de sus formas, el tenue ondular de la expresividad que le prestaba sensación de elevarse, de gravitar por el entorno en que estaba integrada... A lo mejor el brillo de sus largos cabellos cenicientos, o la roja intensidad de los labios sensuales, agrietados, que se extendían como suave pincelada de frescor trazando un sugestivo arco de Cupido... O puede que la majestuosidad casi hipnótica de sus grandes pupilas de un verde magnolia pálido, transparente, con unas inquietantes pintas en el iris que le conferían el ascetismo de los felinos. Unos ojos que a fuerza de mirarlos se perdía uno dentro de ellos, a la par que éstos parecían desaparecer, terminando por dar la sensación de no existir.

—Sí... Es un verdadero placer, *lady* Niven. Aunque hubiese preferido conocerla en otras circunstancias.

—Gracias, Owen. Y le agradeceré que en privado, me llame sólo Nova, ¿le importa?

—¡Oh, no, no! ¿Por qué? Al contrario. Perdona mi atrevimiento pero no puedo callarme que es usted una mujer preciosa, Nova.

—Gracias otra vez. Y ahora, si me lo permite y para que se integre lo antes posible en su tarea, voy a mostrarle esta tumba gigantesca donde ha querido recluirme él... ¡Oh, Dios mío, qué barbaridad iba a pronunciar!

—Tranquila, Nova. Entiendo que está usted muy nerviosa, que ha acumulado una fuerte carga emocional por la tensión vivida en las últimas horas.

—¡Es horrible, Owen! —exclamó ella, ahogando un sollozo—. No puede hacerse una idea de lo que...

—Estoy aquí para ayudarla a resolver el problema.

Nova clavó todo el caudal luminoso e inquietante de sus fascinantes pupilas verdes en el rostro del detective. Y dijo:

—Nunca le agradeceré a Dios lo suficiente que haya puesto en mi camino dos hombres de la condición de usted y el doctor Nielsen. No sé qué sería de mí, ahora, sin... ¡No sé lo que sería, no! ¡Algo horrible seguramente!

Se acercó, tomándola por los hombros.

—No llore, por favor. Se lo ruego.

—Muy... muy galante, Owen. ¿Quiere perdonarme? Sígame, por favor.

Stack se acomodó de inmediato y sin el menor problema a su nueva ubicación social y profesional pensando, al margen de las razones que le habían llevado al lugar, que podía ser una aventura emocionante de la que se derivasen provechosas enseñanzas.

Durante los dos primeros días, todo transcurrió con normalidad. El detective no fue capaz de captar o intuir circunstancia alguna que le pusiera en guardia recordándole el verdadero motivo de su presencia allí. Con cuidado de no despertar las sospechas de Niven, husmeó por algunos rincones con la pretensión de hallar el escondite donde el inglés hubiera ocultado el macabro trofeo.

Pero no tuvo suerte.

De otra parte, y como estaba muy pendiente del comportamiento de Percival, hubo de admitir, al menos juzgando a través de aquellas primeras cuarenta y ocho horas, que su jefe accidental y objeto a la vez de sus pesquisas se comportaba como cualquier otro humano atendiendo, claro, a sus peculiaridades *sui generis*, pero dentro de un patrón de conducta ordenado y coherente.

Así alcanzó Owen su tercera noche de estancia en el siniestro castillo adyacente al «Green Mount Cemetery Gates»; lo mismo que las anteriores, después de la cena, *lord* Niven salió a dar su cotidiano paseo por la zona boscosa que rodeaba el recinto.

Y el detective, como había sucedido en las noches precedentes, aprovechó para cambiar impresiones con Nova Sullivan.

Pero hubo algo que no fue igual, no.

Aquella súbita y cálida invitación de la preciosa hembra de cabellos cenicientos:

—Venga, Owen, por favor...

Fue tras los pasos de ella, no pudiendo evitar que los ojos le bailaran al compás de la suave cadencia que balanceaba sus glúteos rotundos, sensuales, excitantes.

Le sorprendió que abriera la puerta de su dormitorio.

—Pase... —susurró más que dijo—. ¿O es que tiene miedo?

Instintivamente negó con la cabeza. Y también de un modo instintivo, entró.

Nova, cerrando la puerta de inmediato, se colgó del cuello del

detective, estallando con febril vehemencia:

—¡Yo sí que tengo miedo, Owen! ¡Mucho miedo!

No entendía Stack la sorprendente actitud de ella. Confuso repitió:

—¿Miedo?

—Tú eres mucho más joven que mi marido —fue su inesperada y desconcertante respuesta, iniciando el tuteo.

Luego corrió a sentarse en el borde del lecho y al tiempo que desperezaba sus maravillosas piernas en el aire, oyó preguntar al hombre:

—¿Qué pretende decirme, Nova?

—Acércate...

El encendido, ígneo, matiz de su voz, pareció adormecer todos los sentidos del hombre llevándole a la obediencia y al lado de ella.

—Tengo miedo... ¡mucho miedo, Owen! —Perseveró. Sus brazos se estiraron para rodear la garganta masculina—. ¡Estoy segura de que mañana por la noche intentará asesinarme! ¡Está loco, Owen! ¡Loco de celos absurdos! ¡Envenenado por esas imágenes lascivas que pueblan su subconsciente!

Quiso apartarla de él, pero no fue capaz. Le faltó voluntad... Puede que hombría incluso. Y sus manos apretaron los mórbidos hombros, desnudos casi, de la hembra incitante. La fue estrechando contra él al tiempo que la alzaba del lecho. Pero Nova le obligó, tenaz y lúbrica, a vencerse encima de ella... Se encontró estrechándola, estrujándola contra él, con una vehemencia, un ansia febril, que le resultaban desconocidas al propio Owen.

La besó.

Descubriendo entonces sus grandes ojos verdes, encendidos con igual intensidad que un bosque en llamas. Fijos en los suyos. Muy fijos. Penetrantemente fijos.

Plenos de un ardor hipnótico que le devoraba.

—Owen... *mañana por la noche le matarás, ¡le matarás! ¡LE MATARÁS! ¡Matarás a Percival Niven! Yo te lo pido, te lo suplico, y tú lo harás. Mira mis ojos... míralos Owen. ¡MÍRALOS Y DI QUE LE MATARÁS!*

Miró las verdosas pupilas que ahora mostraban muy en el fondo las mismas ondulaciones que el agua de un lago al caer en ella una piedrecita, los mismos círculos absorbentes en los que se iba

perdiendo, difuminando, la personalidad de Owen Stack.

Miró sus ojos, sí.

No con la intensidad que los de Nova tenían puesta en los suyos.

Y lo dijo, sí.

DIJO:

—Le mataré... *si tú me lo pides, ¡LE MATARÉ!*

CAPÍTULO 12

Tras retirar el servicio de la cena, Owen acababa de servir la infusión de hierbas que los Niven solían tomar cada noche.

—¿El señor dará su paseo de costumbre? —preguntó, puede que para romper el tenso silencio que presidía la escena.

Percival nada dijo al respecto.

Al detective le dio la sensación de que *lord* Niven mostraba una extraña rigidez.

Estaba tenso al límite.

Se fijó escrutadoramente en su rostro, captando que la expresión bonancible de hábito había desaparecido, metamorfoseado, para dejar paro a una súbita e inquietante crispación. Su cara parecía haberse transfigurado por obra y gracia de una satánica mutación. Sus facciones, todas y una por una, se hallaban fruncidas en el seno de un rictus dantesco.

Le vio alzarse de la mesa como un alma en pena vagando, sin rumbo, de un confín al otro del purgatorio.

Rodearla lentamente...

Avanzar hacia ella...

Hacia Nova...

CON BRILLO HOMICIDA EN LOS OJOS...

Apretando los nudillos con tal fuerza que le blanqueaban. Sus labios, casi incoloros, albos, formaban una línea prieta, recta, de cruel trazado.

Y de repente, aquellos labios se abrieron con exasperante lentitud.

Con una lentitud que enervaba.

Los ojos dilatados de Stack fueron a tropezarse con los discos verdosos, sobresaltados ahora por el terror, de Nova Sullivan.

Ella estaba pálida como un cadáver.

Percival Niven lanzó una carcajada gutural, sardónica, que fue

propagándose con eco siniestro de un lado a otro del enorme comedor, hasta romperse contra la bóveda que lo limitaba.

Rió lo mismo que un poseso.

Al tiempo que su cuerpo se contorsionaba una y otra vez al impacto estremecedor y excitante de epilépticos latigazos.

Owen, cuyo cerebro parecía desbordado por la siniestra imagen ofrecida por Niven, tuvo la sensación de que el inglés se estaba convirtiendo en un complejo infrahumano, satánico, en un ser ajeno a sí mismo... Que como hombre lobo en noche de luna llena, animado por la obsesión de una antigua vivencia, fijaba en su otro yo, que venía del pasado abriéndose paso arrolladoramente en su presente, le precipitaba no al crecimiento de unos largos y afilados colmillos, pero sí hacia un destino tan fatal como inexorable.

MATAR...

Ése era el destino que pretendía, que ansiaba encontrar Percival Niven.

Stack creyó que la cabeza le estallaba en aquel mismo momento.

»—Tengo miedo... ¡mucho miedo, Owen! —La voz cálida y aterrada de Nova martilleaba sus sienes procedente del interior de su propio cerebro—. ¡Estoy segura de que mañana por la noche intentará asesinar-me! ¡Está loco, Owen! ¡Loco de celos absurdos! ¡Envenenado por esas imágenes lascivas que pueblan su subconsciente!

MATAR...

Pero él, Owen Stack, ¡estaba allí para impedirlo!

—Owen... mañana por la noche le matarás, ¡le matarás! ¡LE MATARÁS! ¡Matarás a Percival Niven! Yo te lo pido, te lo suplico, y tú lo harás. Mira mis ojos... míralos Owen. ¡MÍRALOS Y DI QUE LE MATARÁS!

Hizo un doloroso esfuerzo para escapar a la vorágine confusa que amenazaba también con alterar su mente, para centrarse en Niven, en el pausado avance que seguía protagonizando. Y que detuvo a dos yardas, tres a lo sumo, de la mujer.

Mirándola de forma estremecedora, penetrante, fija...

Tan fija que ella, lo mismo que un indefenso pajarillo bajo el influjo hipnótico de la serpiente, permanecía inmóvil, inánime, incapaz de sustraerse al mortal hechizo... *esperando pasivamente el momento de ser inmolada.*

Owen estaba helado. Tenía la sensación de haberse convertido en un iceberg. Sudaba gotas de hielo.

Su voz...

Oyó con nitidez la voz ronca, aguardentosa, de Percival. Con inflexión mefistofélica cuando se dirigía a ella, diciendo:

—No... no lo he soñado, Nova. Yo... ¡TE VEÍA! ¡Te estaba viendo! Bajo el camisón transparente, tus formas plenas, sensuales, se recortaban con crudeza. Tus pechos se habían convertido en banderas al viento, banderas de pasión y lujuria que *él* se disponía a reverenciar. *Él* también te veía, sí. Te miraba... con sus pupilas dilatadas y enrojecidas por la lujuria, con unas pupilas que gritaban al silencio el hombre de carne, el hambre que sentía por tu carne. POR TUS PECHOS... Se acercó a ti, sus manos aferraron tus hombros tersos y, bruscamente, el camisón desapareció hecho jirones. *Él* lo había destrozado... Vi cómo se inclinaba entonces buscando saciar su sed en tus fuentes de pasión. Vi, al mismo tiempo, como acariciaba tu cuerpo con desespero, torpemente, cosquilleando con la yema de sus dedos nerviosos en los rizos de tu intimidad. Y tú te excitabas con las más inconfesables revelaciones. Yo, yo... ¡no podía dejarle que siguiera! ¿Comprendes, Nova? ¡NO PODÍA! ¡Y LE MATÉ! ¡LE DESTROCÉ CON EL ALFANJE! ¡¡¡Y ME BEBÍ SU SANGRE CON EXTRAORDINARIO PLACER!!!

CAPÍTULO 13

Enmudeció súbitamente.

Owen, confuso, viendo como una serie de extrañas imágenes se apelotonaban atropelladamente en el interior de su cerebro, creyó —razones tenía para ello— estar volviéndose loco.

Lord Niven, ladeando la cabeza despacio, muy despacio, clavó en el detective sus ojos diabólicos de alienado, llameantes, inyectados en sangre, como si le viese por vez primera.

Y se agarró todo su cuerpo, al bramar:

—Él... él, ¡eras tú! ¡ERAS TÚ! ¡¡ERAS TÚÚÚÚÚÚÚÚÜ!!

Al instante se revolvió como una fiera enjaulada en busca de la libertad. En busca, realmente, de su destino... De aquel destino siniestro contra el que le proyectaban, inexorables, las imágenes que procedían del confuso mundo de sus pasadas vivencias.

MUERTE...

Justamente a su espalda se encontraba la monumental panoplia conteniendo armas antiguas.

El alfanje entre ellas.

EL ALFANJE...

A partir de aquel momento todo pareció suceder en fracciones de segundo. La diestra de *Lord* Niven se engarrió alrededor de la empuñadura, tirando de aquél violentamente.

Blandió el alfanje.

De filo azulado y agudo al que los débiles rayos de la araña arrancaron chispazos brillantes, cegadores, que Owen Stack tuvo la sensación de que chocaban contra su frente como diabólicas candilejas suspendidas encima de ella...

Fue hacia él acero en ristre. En carrera fulgurante... ¡Trágicamente fulgurante!

El detective, lo mismo que la mujer hacía unos instantes, estaba inmóvil... Angustiosamente INMÓVIL.

Tuvo la sensación de que un chillido absurdo, de rata histórica, acababa de huir de su garganta. Al momento pensó que no, que no era él quien había chillado.

¿Nova quizá...?

Todo era confuso ahora para Owen Stack. Las imágenes ya no eran ni eso. Sólo borrones difusos en la lejanía. Sólo contornos extraños de formas tan inconcretas como alucinantes.

—¡¡ERAS TÚ... ERAS TÚ... TÚÚÚÚÚÚÚÚ!!

Lo comprendió al escuchar el eco agorero de la «u» que se perdía por los confines del infierno. Comprendió que el alfanje se vendría abajo partiéndole de un tajo la cabeza.

«Owen... mañana por la noche le matarás, ¡le matarás! ¡LE MATARÁS! ¡Matarás a Percival Niven! Yo te lo pido, te lo suplico... ¡Matarás a Percival Niven!».

Salió del marasmo centésimas antes de que el filo hiriente, demoledor, le estallara en mitad del cráneo. Con un salto atrás, vertiginoso, que le llevó contra la pared, dificultando por ello el movimiento que había iniciado con el brazo derecho a la par que el salto. Dispuso, no obstante, de las fracciones de segundo necesarias para extraer la «*Parabellum*» que llevaba en la funda axilar.

Disparándola, claro.

Dos... tres... Hasta cuatro veces.

Vio a *lord* Percival Niven detenerse en seco al compás de un vivo estremecimiento, mirarle después con expresión estúpida, absurda, vacía, contrayéndose todo él instantes después.

Tras una vacilación, se desplomó de espaldas en tierra. Dejando escapar el alfanje que, tras rebotar encima de su cuerpo ya sin vida, acabó, siniestro, tintineando con eco lúgubre sobre el cemento.

Por el rabillo del ojo y sin huir por completo al atolondramiento que seguía manteniéndole confuso, captó la figura de Nova. Sonriéndole... De manera agradecida. Como sintiéndose muy feliz por el peso, la terrible amenaza, de que Owen acababa de librarla. SONREÍA... sí. Incitante como nunca. Lo mismo que si le estuviera jurando que iba a recompensarle con todo el caudal de su lubricidad. Muy dulcemente. Hasta el superlativo del éxtasis.

Entonces, una nueva imagen penetró fugaz, pero arrolladora, en aquel escenario de locura en que se había convertido la mente de Owen Stack.

Era... jera el rostro de su excompañero, el teniente Thomas McDowell! Y los labios se movían tenues, apenas sin producir sonido, pero recordándole:

«Vigila... Los ojos siempre bien abiertos, Owen. Mucho cuidado. Sobre todo, con las mujeres».

Aquella imagen se rompió en mil fragmentos al avanzar hasta él la de Nova... Una imagen que estaba allí, que le soplaban el rostro con la tibieza estimulante de su aliento, y cuyos labios rojos, sensuales, agrietados en sangre, se convirtieron en un borrón de carne que salpicaba los ojos extraviados del detective.

Owen percibió las ondulaciones lujuriosas de aquel cuerpo que se desnudaba, dispuesto a ofrecérselo todo. La cercana respiración de Nova fue contra su rostro lo que el viento al soplar sobre las arenas del desierto. Los pechos agrestes de la bella, lúcidos en el ofrecimiento, campanilleaban a la pasión delante de las pupilas de Stack, estrábicas merced a tantas y tan dispares emociones.

Las manos de Nova se posaron en los hombros masculinos y la boca, supuso él, besaba la suya.

La automática aún seguía entre los dedos de la diestra del detective. Pero debió caer al suelo repicando sordamente, sórdidamente mejor, encima de un núcleo muelle, carnoso... Encima de un cuerpo, seguro.

Ella, dijo algo.

Algo que no comprendió bien.

—Bésame, Owen. Te lo suplico, bésame... Necesito que me beses. Que me poseas... ¡Por favor!

Tenía que estar loca. Nova Sullivan, creyó pensar Stack, estaba forzosamente loca.

¿Loca...?

¿Y él?

¿Acaso no la deseaba también, en aquel momento, por encima de cualquier otra cosa? Delante de cualquier otro placer... ¿No necesitaba saciarse en su cuerpo con capacidad agonística?

Locos...

¡Los dos estaban locos!

Percival Niven les había trasladado su demencia.

Percival... Su cadáver estaba allí, en el suelo, arriba los ojos de cristal como si pretendieran, en su transparente vacuidad, posarse

en el asesino y acusarle con muda elocuencia.

Owen, no pudo evitar mirarle.

—Olvídale, amor —dijo ella, susurrante y cálida como un tifón de pasiones—. Está muerto... Tiene toda la eternidad para escapar. Nosotros, vida mía, no. Tú y yo no podemos esperar. Tenemos que damos, poseemos... Aquí mismo, Owen. Tendidos a su lado. Para que su alma retorcida sufra, sufra, sufra... ¡Y NO DEJE DE SUFRIR NI UN INSTANTE MIENTRAS VUELA AL INFIERNO!

Él quiso apartar todas aquellas imágenes extrañas, grotescas, burlonas, que bailaban en su mente. Pero no pudo deshacerse de una de ellas. No pudo. Porque la imagen de Nova Sullivan penetraba, arrollaba, avasallaba, subyugaba, enloquecía...

—Por favor, Owen. Te... —Las palabras de la mujer quemaban en la cara del detective como si estuvieran hechas de fuego—, te lo suplico. Me estoy consumiendo de pasión. Necesito...

Acarició sus pechos. Su cuerpo todo. Para acabar rodando en el cemento, que no le pareció frío porque estaba abrazado al fuego, hasta chocar con el cadáver de *lord* Percival Niven.

Owen Stack creyó preguntarse, o tuvo la sensación de que alguien le preguntaba, si era lícito, noble, amar a Nova al arrullo del mortal entorno de su marido.

Era una locura.

Otra locura más.

Ni una sola imagen procedía ya del mundo de la conducta.

El detective estaba seguro de haberse perdido irremisiblemente en los confines insondables del universo de la insania.

Pero no quería pensar más.

Quiso olvidarse de todo.

Por completo de todo.

Mientras se deslizaba por la lujuriosa pista del placer hacia los abismos de la más tenaz rijosidad. Mientras abarcaba con ambas manos, con todo su cuerpo, aquel alucinante *slalom* de satisfacciones morbosas, mientras corría desenfrenadamente en pos del éxtasis.

El éxtasis, sí.

Única imagen válida, ahora, en aquel archivo de locura y confusión en que se había convertido su cerebro.

CAPÍTULO 14

El éxtasis...

Lo tenía más cerca que nunca cuando ella, Nova, se alejó perversa, cruelmente.

Dejándole inmerso de nuevo en aquel archivo de confusiones.

—¡No... —suplicó igual que un mendigo—, no me hagas esto!

—Owen... —La voz de Nova parecía llegar hasta sus oídos desde otro mundo, procedente de una pavorosa dimensión donde reinaban los horrores, donde se reverenciaba la locura y se le alzaban altares —. Owen... ¿Recuerdas? Me dijiste que le matarías.

—Y le he matado, ¿no? —preguntó, torpe, nervioso, excitado, sin saber con exactitud qué era lo que *era* y lo que no. Exclamando —: ¡Le he matado, Nova! Ahora ¡tienes que continuar siendo mía!

Se le había acercado de nuevo. Stack sentía en sus fosas nasales el cálido olor de su fragante transpiración. Su vida entraba de nuevo en la de él, su cuerpo iba filtrándose en el suyo, su aliento se fundía con el de él...

—Owen... Owen, cariño, coge el alfanje. Como en el cementerio cuando le cortaste la cabeza a Rosmary Mac Brown...

Parpadeó, atónito, preguntando con lengua de ebrio:

—¿Yo... yo la decapité?

—Tú, sí... Coge el alfanje, amor.

Owen Stack obedecía la voz, aquella voz que obraba el poder de confundir en su cerebro las imágenes de la realidad y la ficción. Obedecía extraordinariamente sumiso. Sin la menor objeción física ni psíquica. Por eso se inclinó a recoger el alfanje luego de apartar con un irreverente puntapié el cadáver de *lord* Percival Niven.

Lo alzó...

Aguardando la voz, aquella voz que todos sus sentidos obedecían sin dilación. Sin resistirse.

—Owen... destrúzalo, machaca su cuerpo, tritúralo... ¡Quiero

ver su sangre!

LO HIZO.

¡¡¡CRAAAAAAAAAAAAAASC!!!

Enfervorizado, loco, babeando como un poseso, accionó el alfanje una y otra vez, cientos de veces, miles de veces... destrozando, partiendo, fracturando el cráneo de Percival Niven.

Saltando esquirlas de hueso en todas direcciones. Chorros de masa cefálica salieron despedidos como siniestras cataratas grisáceas.

Y prosiguieron los escalofriantes crujidos.

¡¡¡CRAAAAAAAAAAAAAASC!!!

El acero, impulsado por la mano loca de Owen Stack, convertida ya en diabólico vendaval, seguía, seguía... SEGUÍA CAYENDO SOBRE AQUEL CUERPO DESMENUZADO.

De Percival Niven sólo quedaban huesos y carne triturada flotando sobre un charco de sangre de matices dantescos, bestialmente ilógicos. Y como si aquella escena infernal, como si aquel lienzo del averno no estuviera completo...

—¡Detente, Owen!

Una vez más, obedeció.

Y entonces ella, Nova Sullivan, con ojos que habían dejado de ser verdes para tomarse incandescentes... bruñido el rostro en un rictus satánico, muy lejos ahora de su exquisita hermosura, *¡se precipitó sobre los despojos de su marido empezando a sorber la sangre ávidamente!*

¡Empapándose la cara, ya demoníaca en aquel momento, la piel de su cuerpo desnudo, los vibrátiles pechos... convirtiéndose toda ella en un océano rojo, ROJO!

—Ven... —Alzó el rostro de viscoso escarlata sonriéndole cual encamación mefistofélica—, ¡ven junto a mí, Owen! ¡Ayúdame a sorber toda su sangre!

Fue, desde luego.

Se precipitó como un loco al sanguinolento lago...

SORBIÓ...

Teniendo al fin la sensación de que aquellos sorbos comenzaban a saberle a gloria.

Owen Stack, lo perdió todo al integrarse en aquella vesánica tarea. Todo. Incluida la noción del tiempo.

Ella, en un momento determinado, alzó la cabeza girándola hacia el detective para ofrecerle sus labios... más sangrantes que nunca, rojos como jamás lo habían estado. Rezumando pringue encamada, una pringue que tomaba cuerpo y alma.

Que era una imagen más.

—¡Bésame!

La besó.

Preguntándose cuál era el sabor que le excitaba más... ¿el de la boca de Nova, el de la sangre...?

Transcurrió el tiempo.

Owen Stack jamás sabría cuánto. Cuánto tiempo había transcurrido, si horas, días, semanas, meses, años o siglos, hasta que una voz gritó:

—¡Ahí le tienen! ¡Es *él*! ¡El asesino de mi marido! ¡Un loco! ¡Un maníaco que... QUE ESTÁ BEBIÉNDOSE SU SANGRE!

Acto seguido, un registro masculino exclamó:

—¡Eh, sargento! Fíjese bien en ese tipo...

—¿Y qué se cree que estoy haciendo, Burt?

—Es el de las fotos que tiene el teniente McDowell...

—¡Diablos! Cierto... ¡El asesino de Rosmary Mac Brown! Thomas saltará de alegría. Pronto hemos terminado con una pesadilla...

—¡Sargento! —gritó, con asombro, un tercero—. ¡Pero...! ¿Se ha dado cuenta de *quién* es? ¡El exteniente Owen Stack!

—¡Cristo del cielo! —clamó, alzando ambas manos, el sargento del Departamento de Homicidios de Baltimore, Dudley Carpenter.

Imagen final

CAPÍTULO 15

Thomas McDowell, con genuina desesperación, se mesó nerviosamente los canosos aladares.

—¡Por Dios bendito, Owen! —exclamó—. ¿Cómo has podido cometer esas monstruosidades?

Stack miró a su excompañero con expresión vacía. Como si no entendiera nada de lo que allí estaba ocurriendo. O como si nada de lo que allí ocurriese tuviera que ver con él.

—¿Monstruosidades? —repitió, maquinalmente.

—La madrugada del viernes —repuso el de Homicidios con voz apagada—, asesinaste en el cementerio a Rosmary Mac Brown...

—¿Yo? —Las expresiones de Owen Stack parecían no pertenecerle.

McDowell extrajo un sobre del cajón central del escritorio desparramando encima de la mesa las fotos que contenía.

En ellas se veía una mujer rubia, desnudándose, observada con atención por él, por Owen. Luego, las horripilantes escenas del brutal asesinato enmarcadas en la siniestra cenefa del «Green Mount Cemetery Gates».

Stack las contemplaba boquiabierto.

—Fueron tomadas por Noel Tracy —explicó el teniente. Acto seguido le hizo un resumen de quién era el fotógrafo y sus vinculaciones con Rosmary. Añadiendo—: Tracy desapareció tras ser testigo del crimen porque, en principio, había pensado extorsionarte negativo en mano. Pero luego, según propia confesión, en parte por miedo a correr la misma suerte que la Brown, y en parte porque dentro de él aún queda algo de honradez y decencia, ha pensado que tenía la obligación, como ciudadano, de entregarnos esas fotos y la obligación moral de contribuir a que el asesino de la muchacha pagara por su crimen.

—Jamás he visto a esa mujer...

—Pues hay varias personas,
«Blue's»,

la encargada del guardarropía del «Longfellows 84 *Pub*», Jessica Parker, compañera de profesión de Rosmary, dos camareras y algún otro más, que están dispuestos a jurar sobre un montón de Biblias que saliste del local, sobre las once de la noche del viernes, acompañado de Rosmary Mac Brown —lapidó Thomas McDowell sin conseguir zafarse de la consternación que le producía todo aquello. Preguntando de pronto—: ¿Tampoco has visto jamás a Roddy Evans?

—¿Quién es Roddy Evans? —Owen persistía en el tono monótono y ausente, impersonal, que presidía sus líneas de conducta.

—¡Basta ya, demonios! Ni en aras de nuestra vieja amistad ni... ¡maldita sea mi estampa! Roddy Evans es el tipo a quién has destrozado con un alfanje y cuya sangre te han sorprendido bebiendo Dudley Carpenter y sus hombres. Owen, Owen... o te has vuelto rematadamente loco o detrás de tu agradable expresión se oculta el monstruo más vesánico que...

—¡Y un cuerno también! —Fue el doctor en psiquiatría Gene Nielsen, hasta entonces testigo silencioso, que intervino con cierta acritud censurando la oratoria del teniente—. ¿Cómo he de explicarle que el señor Stack estaba tratando de ayudarme? Yo le pedí que acudiera al castillo de los Niven porque esa mujer, ¡esa maldita y mentirosa mujer!, me engañó. ¡Ha preparado una gigantesca y horrible trampa en la que Owen y yo...!

—Le ruego, doctor, que se modere —cortó el oficial de Homicidios. Añadiendo—: Hemos hecho ya las averiguaciones pertinentes. ¿O acaso piensa que la policía da crédito al primero que se presenta contando una historia? Los documentos de la señora Gwendoline Moore han sido verificados, igual que sus antecedentes, de los que carece en el terreno delictivo, fecha en que contrajo matrimonio con Roddy Evans, escritura de compra del viejo castillo de los Niven... Sólo me falta aclarar —seguía hablando McDowell con rutinaria profesionalidad sin que Owen Stack, que le miraba interesado y ajeno a la vez, llegará a entender demasiado de las explicaciones del teniente— por qué Stack acudió al lugar con la idea de poseer brutalmente a Gwendoline Moore, disparó contra el

infortunado Evans cuando éste trataba de auxiliar a su esposa y...

—¡Es usted un imbécil integral, teniente! —no supo, no pudo, o no quiso contenerse el psiquiatra interrumpiéndole.

Thomas McDowell, treinta y cuatro años en el Departamento de Homicidios de la Policía de Baltimore, crispado por el insulto y el tono peyorativo, de desprecio, con que Gene Nielsen había envuelto la exclamación, echó ambos codos atrás, amenazante, cerrados los puños, en el instante que Owen, que ahora quedaba a su espalda, había elegido para alzarse del asiento sin que supiera exactamente el por qué.

Y uno de los codos se estrelló, dolorosa y violentamente, contra la frente de Owen. Stack tuvo la sensación de que el hueso le había estallado en mil pedazos. Pero acto seguido, en cuestión de segundos, su cerebro vacío, vacío hasta entonces, se pobló de imágenes.

IMÁGENES...

¡Imágenes de la realidad!

El puño derecho del expolicía fue a estrellarse, como antes el codo de McDowell, en la boca del estómago de éste, dejándole, al punto, sin resuello. El izquierdo subió al encuentro de la mandíbula del teniente poniéndole, en un santiamén, patas arriba.

Owen echó a correr fuera de la oficina del recinto policial dejando al doctor Nielsen estupefacto.

Tuvo suerte de que nadie interceptase su desesperada huida.

Seguro ahora, quizá, de que su cerebro ya no confundía ni distorsionaba imágenes, como había pretendido hasta entonces el otro... El otro cerebro que había ideado toda aquella monstruosidad.

IMÁGENES.

Corría, sí, en pos de ellas. De las imágenes de la realidad.

CAPÍTULO 16

La extraordinaria morenaza creyó que los ojos se le iban de las órbitas, luego de reconocer al que había aporreado la puerta de su apartamento a aquellas horas de la madrugada.

—¡Owen! —exclamó, sin preocuparse de que al levantar los brazos se entreabriera la bata mostrando prácticamente la lozana desnudez de su cuerpo exuberante—: ¡Owen! Amor... ¿Qué te ha sucedido?

El detective entró como un rayo y cerró.

—No tengo tiempo para explicaciones, Annabel. Escucha... ¿Estás dispuesta a hacer lo que sea por mí?

—¿Lo dudas acaso?

—No. Pero necesitaba que lo dijeras. He sido víctima de una maquinación por la cual se me imputan dos brutales asesinatos que no he cometido. Verás... —Nervioso, le estuvo narrando lo sucedido desde que abandonara el despacho en compañía del doctor Nielsen. Pidiendo al fin—: Tienes que ayudarme a demostrar mi inocencia.

—¿Cómo? —quiso saber Annabel, trémula la voz.

—¿Hay por aquí papel y bolígrafo? —La vio asentir, añadiendo —: Voy a escribirle una carta a Nora Sullivan... bueno, a Gwendoline Moore. Tú se la llevarás a primera hora de esta mañana al castillo y...

Stack siguió explicando su proyecto a Annabel.

EPÍLOGO

—¿Quién ha dicho que es usted, señorita?

—La secretaria de Owen Stack.

Gwendoline Moore se estremeció al oírla pronunciar aquel nombre.

—¡Cielos! ¿El asesino de mi marido? Ese loco sanguinario que...

—Owen no *era* ningún loco sanguinario, señora Moore.

La otra enarcó las cejas.

—¿Era...?

Estaban sentadas en una de las grandes, inhóspitas, salas de la vetusta construcción.

—Me ha telefoneado a primera hora de la mañana rogándome que acudiera lo antes posible a su apartamento. Apenas si he tardado media hora, pero al llegar, la puerta entreabierta ya ha sido una siniestra premonición de lo que iba a encontrarme dentro. Owen estaba sentado en una butaca del *living* con un agujero en la sien, un hilillo de sangre manando de ella y un revólver...

—¿Ha venido a contarme la forma elegida por Stack para suicidarse? —La interrumpió, con desdén y despotismo, Gwendoline.

—No... —sonrió extrañamente Annabel—, por supuesto que no. Owen me ha legado dos cartas, señora Moore. En una de ellas, además de explicarme por qué ha decidido quitarse la vida, me da instrucciones concretas con respecto a lo que debo hacer con la otra.

—¿Y...?

—Entregársela a usted para que la lea —y diciendo así, dio a Gwendoline un voluminoso sobre. Aconsejándole—: Ilústrese, señora Moore. Le garantizo que el texto es apasionante.

Abrió el sobre tranquilamente, sin perder la compostura, y tras extraer las cuartillas comenzó a leerlas sin la menor crispación.

Al terminar, devolvió las hojas al sobre y éste a Annabel, diciendo:

—No existe nadie en el mundo que pueda probar lo que aquí está escrito —agregando—: No pasa de ser una fantasía absurda y desordenada propia de un cerebro tarado, aberrante, como era el de su amigo Owen Stack.

—¿No le importará entonces que lo lea la policía?

Gwendoline Moore experimentó la primera vacilación.

—Si me da opción de evitarlo es que piensa chantajearme, ¿no?

La morena sonrió.

—¿Por qué emplear términos tan poco apropiados, señora Moore? Eso... suena barriobajero, ¿no le parece? Digamos que pretendo llegar a un acuerdo con usted. Aunque la metan para siempre en la cárcel, Owen seguirá muerto. Si las dos podemos sacarle beneficio a la situación... ¿Qué le parece?

—¿Cuánto? —La de los ojos verde fue directa al grano.

—¿Hacen... doscientos cincuenta mil?

—¿No cree que es mucho dinero? —Apretó las mandíbulas Gwendoline.

—¡Qué va! —exclamó, jovial y sonriente, Annabel—. ¿De veras le parece mucho un cuarto de millón por comprar mi silencio y su libertad?

—¿Qué garantía tengo de que no volverá a exigirme nuevas cantidades cuando le haya pagado ésta?

—¡Eh, cariño! —gritó, de pronto, una voz—. ¡Mira... *mira lo que he encontrado* escuchando detrás de la puerta! No sabía que este caserón tuviese pasadizos secretos... ¿Te acuerdas de nuestro amigo Stack, Gwendoline?

Lo que había encontrado... era Owen Stack, que fue empujado hacia el interior de la estancia a punta de pistola. Y el que le había encontrado... era aquel que conociese bajo el nombre de Percival Niven y que, tras dispararle varios balazos, había destrozado con un alfanje.

Annabel se quedó muy pálida.

—Así... que se había suicidado, ¿eh? —Sonreía con sadismo Gwendoline. Agregó, dirigiéndose al que había descubierto al detective—: ¡Vaya, vaya! Tu pupilo sigue siendo excelente, Roddy. Acertaste al suponer que lograría escapar de la poli... ¿Qué vamos a

hacer con esta parejita?

—¿Y me lo preguntas? —sonrió perversamente Roddy Evans.

—Es inútil —Owen trató de aparentar serenidad que posiblemente no sentía. Y les intentó desbordar, diciendo—: El teniente McDowell está al corriente de todo...

Gwendoline estalló en burlonas carcajadas.

—¿De veras? ¡Esa historia no se la creen ni los locos!

—No es historia de locos, Gwendoline. Es historia de monstruos... Concebida por un monstruo de ojos verdes como tú. Quizá sí que estés...

—Te equivocas, Owen —dijo un nuevo registro vocal, a espaldas del detective. Insistiendo—: Te equivocas... Yo soy el *alma mater* de este fantástico proyecto. Yo, *Gene Nielsen*, doctor en psiquiatría y profundo conocedor de la mente humana y sus imágenes. Un proyecto, Owen Stack, que equivale a millón y medio de dólares, Los contenidos en la póliza de seguros contratada por Roddy Evans y de la que Gwendoline, *mi hermana Gwendoline*, es única beneficiaría.

Lo mismo que si una víbora acabase de echarle su aliento venenoso en la nuca, Stack se revolvió.

Gene Nielsen, doctor en psiquiatría, o lo que el diablo quisiera que fuese, estaba allí, al lado del sonriente Evans; allí, apuntándole firmemente con una pistola. Cruel. Pleno de sadismo.

Ahora había dejado de ser cordial. Hasta joven. Porque los años de crueldad que llevaba escondidos en su retorcido cerebro le asomaban al semblante convirtiéndolo en una vieja máscara demoníaca.

Le vio tal cuál era. Con su mente llena de imágenes deformadas a fuerza de concebir maquiavélicas elucubraciones. Con toda la podredumbre de su espíritu vesánico, retorcido, monstruoso...

—¿No tienes interés en saber cómo empezó todo? —le preguntó, con un rictus mefistofélico curvándole la boca. Y explicó—: El mismo día que te conocí, al ver la impresión que te causaban mis argumentos, supe que acababa de encontrar la víctima propiciatoria que desde hacía tiempo buscaba. Te envié a Faye Keel, quien empezó a suministrarte algunas drogas en la bebida... Necesitaba que te expulsaran de la policía, o que como mínimo te vieras obligado a presentar la dimisión, para que toda tu credibilidad

profesional y personal se viniera abajo.

—¡Canalla! —Le escupió Stack, congestionado. Gritando—: Así que fuiste tú quien envió a Faye, ¿eh? Y la mataste luego, ¿verdad?

—Verdad, pesquisa. Sabía demasiadas cosas y representaba un obstáculo para mis propósitos. Además, se me ocurrió pensar que la opinión pública pronto le pondría nombre al asesino de Faye Keel... Después, te dejé hacer. Permití que lucharas por rehabilitarte hasta que llegó el momento de continuar. Fui yo, provisto de una mascarilla que reproducía con extraordinaria fidelidad tus facciones, el que llevó a Rosmary Mac Brown desde el «Longfellows 84 *Pub*» hasta el cementerio. Sabía que Noel Tracy colaboraba con ella y en *qué*, sabiendo, por lo tanto, que nos seguiría hasta el «Green Mount Cementery Gates». Ya has visto las fotos que McDowell tiene en su poder, ¿no? Se trataba, simplemente, de que cargases con la aureola de maníaco homicida, de sádico, de loco sanguinario, para que en adelante no pudiera asombrar a nadie nada de lo que hicieses. La policía admitiría en su momento, sin excesivas reservas, tu culpabilidad en el aberrante asesinato que era la auténtica realidad de mi proyecto.

»Fue cuando vine a tu despacho para contarte las *tragedias* de *lady* Niven. Un buen amigo, el doctor Wilford Fisher, cirujano de estética que me debía un par de favores, convirtió a un pobre vergonzante llamado Harvey Patton en un calco perfecto de Roddy Evans, al que tú, bajo hipnosis, lo mismo que el propio Patton, destrozaste con una alfanje luego de pegarle varios tiros.

»No hace falta que te aclare que Roddy Evans está muerto a todos los efectos aunque mi cuñado esté aquí, lleno de vida, y que mi hermana, la persuasiva *lady* Niven de ojos misteriosos, profundamente verdes, cobrará el importe de la póliza. Eso nos permitirá hacer realidad unos sueños ambiciosos...

—¡Maldito canalla! —Owen estaba colérico, rabioso, quizá por saberse impotente más que por la confesión del médico. Ardía no obstante en deseos de saltar sobre el psiquiatra, aunque tuviera que jugarse la vida en el empeño. Gritó—: ¡Juro que no vas a salirte con la tuya!

—Sí, detective, sí que voy a salirme. Y para ello, antes, tengo que largarte al mundo de las imágenes oscuras...

—¡Ahora, Annabel! —gritó Owen de repente—. ¡El revólver!

No pretendía otra cosa que distraer la atención de Nielsen al tiempo que le recordaba a su secretaria que estaba en poder del arma que él le había entregado, poco antes, en su apartamento.

El médico, pese a la embestida iniciada por Stack, rompió en siniestras carcajadas tratando, de todas formas, de eludir la acción del detective.

—¡Quieto, Owen! —gritó una voz femenina—. ¡Quieto o disparo!

Era la voz... *la voz de Annabel Power.*

ANNABEL... *¿también?*

Que, en efecto, empuñaba con firmeza, resueltamente, el revólver que Stack le diera.

Pero apuntándole a... *él.*

—¡Quieto! —repitió. Desvelando, interrogante, con pérfida sonrisa—: ¿No pretenderás que mate a... *mi marido?* Porque yo, Owen, soy la esposa del doctor Nielsen.

El detective creyó que ahora, ahora sí... de verdad y sin remisión, iba a volverse loco.

—¿TÚ...? —Abrió los ojos—. ¿Tú... su esposa?

—Todo estaba previsto, Owen —sonrió infernalmente el psiquiatra—. Teníamos controlado hasta tu sueño. Reconocerás, al menos, que no se me ha escapado ni un detalle de la trama, ¿eh?

—*Sólo uno, doctor Nielsen* —intervino una nueva voz en aquel sorprendente escenario. La del teniente Thomas McDowell. Que agregaba—: El de que yo aceptara la culpabilidad de mi excompañero. Además, ¿ha pensado acaso que los policías somos idiotas? ¿Qué los presuntos criminales se escapan así como así, por negligencia, de los recintos policiales? Por favor, Nielsen, que me salieron los dientes en esto... Tenía mis razones para permitir que Owen huyera habiendo prevenido con anterioridad a mis hombres de que no le interceptasen. Llevo treinta y pico de años en Homicidios y la mayoría de los casos los he resuelto atendiendo a mis corazonadas. El sistema no tenía por qué fallarme precisamente hoy, ¿eh, doctor? Se hace obvio que les aclare que hemos grabado cuanto se ha dicho en esta estancia... Ya, ya sé que no es prueba testifical, pero el juez escuchará la cinta con sumo placer. Lo sé también por experiencia. ¡Ah, se me olvidaba! Están todos detenidos. ¡Owen, muchacho! En recuerdo de los viejos tiempos,

¿quieres recoger la «ferretería» del personal? Y diles que no hagan estupideces porque este asqueroso museo está rodeado de «polis» por todas partes.

Stack, despacio, hizo lo que McDowell le pedía.

Deteniéndose frente a Annabel para decirle, tras recuperar el revólver:

—No te mentí el lunes... no. Había pensado que podías ser la mujer de mi vida a poco que yo me empeñara. Que si me interesaba en tu persona, acabaría queriéndote. Ya no eres nada, Annabel. Sólo una imagen más en este mundo de horrores creado por la mente enferma de tu marido. Eres, en realidad, la imagen final.

Owen, apartándose de ella, cerró los ojos. Volviendo a abrirlos inmediatamente.

Quizá para no perderse, en aquel momento, entre las imágenes recién vividas que ya comenzaban a formar parte del pasado.

Imágenes...

Con el paso de los años, sólo queda eso en el cerebro.

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

